Antes de que llegue la ruina

Novela con elementos históricos

Margarita María Niño Torres

Año 2021

ANTES DE QUE LLEGUE LA RUINA

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
¿En dónde y en qué época estamos?.....4

La primera familia Ranchoviejo.....4
Consolidación.....8
Un paso de importancia.....12
Un viaje de exploración.....14
Una visita por sorpresa.....19
Decisiones.....24
Un enlace necesario.....29
Alguien hace preguntas.....31
La cosecha, las paredes y el techo.....36
El primer retoño.....37

SEGUNDA PARTE
El Nuevo Siglo.....39

Las amigas.....43
Otra boda en Los Troncos.....46
Arnulfo González.....48
Planes de corto y largo plazo.....53
Actividades decembrinas.....54
Preocupaciones.....59
A veces sale lo que no se espera.....62
Más que un acuerdo.....64
Relato de Tobías.....65

TERCERA PARTE
Motivos y movimientos....68

Cambios de vida....70
Recibimiento y adaptación....72
Una carta desde la pampa....79
Crecimiento de las familias....80
Los que no perdonan....82
La tercera carta....85
Reunión en la Ciudad....87
Reflexiones sobre la realidad....90

CUARTA PARTE
Permanecer y avanzar....91

Avances de la ciencia....91
Y, ¿dónde está la chica?....93
La segunda familia Ranchoviejo....97
Matrimonio al estilo de 'antes'....98
Vida estudio y actividades....100
Inesperadas noticias del Sur....102
Perplejidades....104
Fraternidad y búsqueda de soluciones....106
Crece la tribu....109
La guerra lejana....110
El compromiso cumplido....110

Epílogo....111

PRIMERA PARTE

¿En dónde y en qué época estamos?

Este relato comienza en la cordillera de los Andes, en un pequeño municipio llamado "Los Troncos" el cual era, en el final del siglo diecinueve, el centro de una región amplia y poco poblada. La población en su mayor parte estaba constituida por familias campesinas cuyas viviendas aisladas albergaban a hombres y mujeres marcados por las influencias del mestizaje sobre las características de las poblaciones prehispánicas. Hombres y mujeres que labraban la tierra y que producían objetos artesanales variados y útiles para hacer la vida más amable y llevadera.

La primera familia Ranchoviejo

El apellido Ranchoviejo nació en la vereda 'El Alto', a finales del siglo diecinueve, cuando una mujer joven llamada María Teresa Villanueva, huérfana de madre e hija de un español venido a menos en la capital y, según ella pensaba, también prófugo de la justicia, llegó sola a 'Los Troncos' con su vestido roto y completamente sucio de barro, después de caminar a la ventura, cordillera arriba, por más de tres semanas. María Teresa fue recogida en el último tramo por un campesino que llevaba sus papas al mercado, quien ayudó a la mujer para que subiera al lado de la carga en la carreta que el burro pacientemente jalaba. El avispado campesino no tardó en descubrir que era una mujer joven, bonita y blanca a pesar de la mugre curtida sobre todo resquicio de piel de la pobre. Cuando iban a pasar una quebrada, él le preguntó si tenía sed, para traerle agua. Ella contestó que sí, y añadió 'gracias', con esfuerzo. Estaba a punto de desmayarse.

Mateo, así se llamaba el hombre, acercó la totuma con agua y la sostuvo para que la joven pudiera beber. Ella tomó lentamente

unos diez sorbos, al final de los cuales miró a su benefactor y sonrió.

Mateo sacó ánimos de esa sonrisa y le preguntó cómo se llamaba.

"María Teresa Villanueva", contestó la mujer. Entonces Mateo, riendo le dijo:

"¡Qué casualidad!, Yo me llamo Mateo Ranchoviejo". Lo de Mateo era cierto pero lo del apellido lo acababa de inventar, porque no le gustaba para nada el "Tocarruncho" que su mamá le había puesto. Nunca lo usaba y cuando se quedaba solo imaginaba apellidos para escoger el suyo. Al escuchar lo de Villa...nueva, su pensamiento cayó enseguida sobre el contraste de las palabras: Villa - Rancho, nueva - viejo, y de ahí salió su apellido, sin dudarlo ni un momento. Hasta entonces él solamente se llamaba a sí mismo 'Mateo' el de la vereda 'El Alto'.

María Teresa rió de buena gana y tomó más agua. Entonces, con mejores ánimos preguntó en dónde vivía la mamá de Mateo. Y le explicó que quería pedirle si ella podría prestarle alguna ropa para cambiarse. Mateo le dijo que en el pueblo vivía una hermana de su madre, que ya iban llegando. Que su tía era muy buena persona y le ayudaría. María Teresa le pidió que no dijera su nombre porque no quería que la encontraran los enemigos de su padre. Ella iba a llamarse simplemente 'María Villa' en adelante.

Mateo tomó esas palabras como una misión sagrada para él y se propuso ayudar a la joven y salvarla de quien fuera el que la perseguía. Así llegaron al pueblo y a la casa de la tía Anatilde.

Mateo entró solo y enseguida volvió con una mujer de tipo absolutamente indígena, muy sonriente y bondadosa quien ayudó a María Teresa para que bajara y entrara en su casa.

"*Siñorita María, déntrese sumercé, qui aquí puede estar en conjianza*".

María entró y se sintió bien con el gesto amable y simple de su anfitriona, con el calor del fogón y con el olor de las papas que estaban casi cocidas. Anatilde le acercó un asiento y le dijo que primero comiera un par de papitas y '*endespués*' se daba un baño para cambiarse la ropa.

Una vez vestida con una falda de tela oscura que le llegaba al tobillo y una blusa verde de manga larga, María recogió su pelo en dos trenzas y se puso el sombrero que Anatilde le pasó. Se sintió transportada a un mundo diferente. No tenía espejo para mirarse pero, mirando a Anatilde, se imaginaba a sí misma y le gustó mucho la idea. "Tal vez así se sentiría alguien que reencarnara..., si eso fuera verdad", pensó.

Mateo regresó contento porque había vendido bien su papa. Al llegar se admiró por lo bien que la señorita María se veía vestida con un traje de la región. Hablaron un poco, luego Mateo las invitó a dar una vuelta para que María conociera el pueblo y también para que algunas personas la conocieran a ella.

Por la tarde estaba claro el plan inmediato: lo primero que María quería hacer era conocer a la madre de Mateo. Lo segundo ver cómo podría pagarle el vestido a la tía Anatilde, y después, entre todos podrían hacer un plan para el futuro.

María, al llegar a este punto no tuvo ninguna duda de que si Mateo se mostraba interesado, ella se quedaría para vivir con él. Era solamente una idea en su cabeza, fruto de sus razonamientos sobre la necesidad de integrarse en un lugar y poder permanecer a buen resguardo de posibles miradas y averiguaciones de los enemigos. Tal lugar sería perfecto en el seno de una familia campesina horada y trabajadora… Su instinto le decía que ése no era el tipo de escondrijos que los perseguidores buscarían.

Por el camino, muy segura bajo su indumentaria del momento, María prefirió ir a pie para poder conversar con Mateo. Así supo

que su padre había sido el patrón de la madre de Mateo, Carmen, en la capital de país. Ese señor, cuando la esposa se devolvió para España su tierra, por necesidad de tratamiento médico para sus problemas del corazón, contrató a Carmen para que continuara por un año más a su servicio. Carmen regresó a la vereda apenas terminó ese segundo contrato. Ni Carmen ni el hombre sabían que ella estaba embarazada.

En el campo, en la casa de sus abuelos maternos, había nacido él, su hijo, a quien pusieron el nombre de Mateo y un apellido diferente, para que la gente no hablara. Que primero murió su abuela y casi un año después su abuelo y les había dejado la finca a sus dos hijas: Anatilde a quien María acababa de conocer, la mayor, se fue a vivir al pueblo y allá seguía soltera. Carmen y su hijo Mateo se quedaron en el campo y, en retorno por vivir en la propiedad común, ellos sostenían a la tía.

Con la simplicidad de la vida en esas alturas y lejanías, el asunto se decidió en quince días. Al cumplirse un mes de la llegada de María, celebraron un matrimonio en la Iglesia, habiendo hecho previamente una corrección en el registro del bautismo, del apellido equivocado 'Tocarruncho' de Mateo, por el de 'Ranchoviejo', que era el correcto.

Corría el año 1897. Mateo tenía veintidós años y María diecinueve. Con ellos se inició la existencia de la primera familia Ranchoviejo.

Consolidación

María dedicó las primeras semanas de su vida conyugal a comprender las motivaciones y costumbres de sus recién adquiridos familiares. Poco a poco se fue acostumbrando a su manera de hablar, de pensar, de hacer cuentas y prevenir el futuro inmediato. No se preocupaban por nada más allá del campo sembrado y del estado del mismo en cada tiempo presente, del

dinero que tenían y de lo que hacía falta comprar en el siguiente viaje al pueblo, de la comparación para saber cuándo y en dónde era necesario recortar.

Sueños propiamente no existían en sus mentes. Cuando tenían problemas, sabían en verdad tener paciencia como una forma de esperanza en que la nueva cosecha acabaría con la crisis del momento. Increíblemente, era de esas dos, paciencia y esperanza de corto plazo, de donde sacaban ánimos para reforzar el trabajo y remontar las dificultades.

Los días pasaban muy tranquilos para María, en contraste con las últimas semanas de la vida de María en la ciudad, las cuales, después de la muerte de su madre se convirtieron en semanas llenas de temor de posibles agresiones de los nuevos elementos del grupo de los amigos. Ella se vio obligada por su padre, a permanecer encerrada en su cuarto, desde antes de comenzar cada una de esas reuniones del grupo, las cuales dejaron de ser las agradables ocasiones de encuentro con sus amigas para cerrarse alrededor de dos hombres recién llegados y, en lugar de rotarse por las casas de las familias, se establecieron con participación y presencia exclusiva de los hombres, siempre en la sala de su casa en la cual no había ya una señora al frente de los eventos sociales.

Todo iba bien, el tiempo se hacía largo sin casi variaciones, María por períodos, dejaba de sentir la vida, añoraba la necesidad de planear y emprender acciones audaces para salir adelante. Los tres trabajaban y producían más de lo que necesitaban. Entonces comían más y compraban ropa y cosas que no eran necesarias. En esos períodos María comenzó a aburrirse...

"Quiero leer algo, quiero leer algo", se dijo un día. Desde su huida, seis meses antes, no había tenido nada para leer. La ausencia de informes y noticias fue un alivio silencioso mientras perduró en ella el temor de saberse perseguida por los acreedores, como presa

compensatoria por los errores o abusos o robos de su padre. Ella nunca supo a tiempo nada de eso aparte de uno que otro insulto que escuchaba desde su cuarto. Cuando él le pidió, mientras le entregaba su billetera bastante flaca, que huyera a las montañas, que huyera enseguida y no mirara atrás, que huyera antes de que la tomaran como un botín miserable... solamente entonces, ante tanta angustia en sus ojos y en su voz, ella supo que él la amaba y que lo mejor era que supiera que ella se había salvado. Entonces corrió sobre la ruta que en sus propios sueños tenía aprendida, de un viaje de aventura que esperaba hacer por sí misma antes de llegar a los veinte: quería llegar a la cumbre más alta de la cordillera y lo tenía todo previsto, en sus sueños.

Buscó a Carmen para hablar un poco, mientras Mateo hacía algún trato con un vecino. María preguntó a Carmen si sabía leer. Carmen conocía las letras y despacio podía leer palabras sueltas. Pero leer de seguido y entendiendo, no podía.

Con este inicio, Carmen quiso contarle del padre de Mateo. Todo el tiempo que ella les sirvió, él se comportó siembre como un hombre bondadoso y justo. Su esposa se aburría terriblemente. Tenía problemas del corazón y no salía mucho. Ella intentó muchas veces convencerlo de devolverse juntos a España. Él prefería continuar la aventura de vivir en las nuevas tierras, hacer algo de dinero y entonces volver a su patria para pasar una vejez llena de recuerdos... Él, el señor Ramírez, había tratado de convencer a su esposa de pasar un año más en América, pero la señora prefirió irse antes: en Europa lo esperaría. Un año después, él viajó según lo acordado.

Ese año fue para Carmen un año difícil en su mente y su conciencia de católica, pero lleno de ternura e ilusiones en su corazón, con la amorosa compañía de su patrón que ya no se presentaba como tal sino como un amigo, como un amante para

ella que apenas era una criada indígena de veinte años. Pero llegó el momento en el cual él había prometido viajar y viajó. Ninguno de los dos sabía que esperaban un hijo. Puesto que él no había tenido hijos en su matrimonio, estaba seguro de que nunca engendraría un hijo. Pero Mateo era hijo suyo.

María preguntó qué sabía y pensaba Mateo de su padre. Carmen le dijo que él no sabía nada aparte de que se trataba de alguien que la había contratado para un trabajo y que nunca supo de la existencia de un hijo suyo. Ella no quiso dar más explicación a sus padres y tampoco a su hijo. Por eso el apellido ' Tocarruncho ' que hizo poner en el Acta de Bautismo de Mateo. Un apellido apropiado para un hijo de indígenas y nada más.

Habían pasado ocho meses desde la separación de María y su padre y veinticuatro años desde la separación de Carmen y el padre de Mateo. María comenzó a soñar de nuevo: se propuso planear un camino para averiguar lo que fuera posible acerca de esos dos españoles, queridos y añorados en esa pequeña y perdida casa de campesinos en un rincón de los majestuosos Andes.

Un paso de importancia

Después de su charla con Carmen, María conversó despreocupadamente con Mateo y le expresó su deseo de leer. Mateo la miraba sorprendido y continuaba escuchando esas ideas de que leer ayuda a alguien a estar mejor. Al final dijo simplemente:

"María, nunca me dijiste esto de leer. Yo apenas reconozco la letras y eso a veces se me olvidan..., pero si no es muy difícil, creo que me gustará aprender".

En el siguiente viaje al pueblo, María caminó con Mateo y mientras él hacía las compras y las ventas, ella fue a la parroquia para hablar con el sacerdote.

"Padre, vengo a pedirle un inmenso favor: Véndame un libro de los Evangelios...", le dijo después de saludarlo.

"Señora, yo no tengo sino un ejemplar pero, perdone que le pregunte: ¿Usted sabe leer bien?"

"Sí, padre, yo sé leer bien", contestó ella y quedó en espera de lo que el sacerdote dijera. Él, por su parte se levantó para acercarse a un estante que contenía algunos libros, sacó uno de ellos y volvió con él:

"Este libro es una Sagrada Biblia. Tengo dos y puedo darle una si usted me promete que siempre que lea algo y haya una nota al pie, leerá esa nota. Es orden de la Iglesia, que los fieles no lean la Biblia si no leen las notas de pie de página o si no hay algún sacerdote que les explique".

María comprendió lo que el sacerdote decía y no tuvo ningún inconveniente en prometer lo que él pedía. En cuanto recibió el libro lo abrió y buscó una página con notas al pie, y por ellas el punto en donde estaban los versículos que era necesario aclarar y leyó las dos cosas. El sacerdote quedó muy satisfecho y aliviado de entregar esa Biblia que sobraba en su biblioteca a una persona que podía leerla legalmente, liberándose así del deber de cuidar siempre el libro para que no cayera en manos de un ignorante.

Feliz con la Biblia debajo del brazo, María se sintió completamente segura de que tanto Carmen como Mateo estarían leyendo en el término máximo de dos meses y se encaminó al punto de encuentro con su esposo.

Fue exitoso en extremo el aprendizaje de la lectura. Esos dos parecían ambos chicos de una misma escuela. Se turnaban la Biblia y leían mentalmente y luego se explicaban mutuamente lo que habían leído. Por las noches casi se peleaban por llevarse la Biblia para leer antes de dormirse.

Entonces María habló de hacer un viaje a la Ciudad. La misma ciudad en donde había vivido ella con sus padres al comienzo, y sola con su padre después de la muerte de la madre, y en donde Carmen había concebido a Mateo. Carmen se negó a viajar. Animó a los dos jóvenes y se comprometió a esperarlos mientras leía y cuidaba de todos los asuntos. María anotó el nombre 'Francisco Ramírez', solo para preguntar por él a personas que pudieran ser de su edad: Más o menos sesenta años... se imaginaba ella.

Un viaje de exploración

Los esposos Ranchoviejo salieron juntos rumbo a la Ciudad. Normalmente se encontraban carros tirados por burros o bueyes que recogían a los viandantes por algún trecho a cambio de unas monedas. Sin agotarse en exceso, el viaje se hacía a pie en tres o cuatro días bajando y en el doble del tiempo subiendo. Había posadas y lugares para comer.

María estaba feliz, caminando sin la presión que la llevó dando tumbos por la fatiga y por el hambre cuando escapó.

Mateo le preguntó qué esperaba lograr con ese viaje. Ella le explicó completamente el asunto de su padre. Ella estaba casi segura de que él estaría ya muerto, pero quería buscar noticias claras en los diarios y en las oficinas del gobierno que su padre frecuentaba. Eso era lo que ella quería. Saber de su padre. También quería comprar algunos libros.

Entonces Mateo comentó que él nunca sabría quién fue su padre. Su madre no había querido decirle nada. María sugirió que podrían preguntar por la familia en donde Carmen había trabajado, a ver si alguien que los hubiera conocido se acordaba de ella. Claro que sin entrar en el porqué de las preguntas, sino como curiosidad que la gente suele tener.

Por otra parte, Mateo quería saber si habían llegado semillas de una nueva clase de papa que, según había oído, tardaba menos de un año en producir. Si las encontraba, compraría un poco para ensayar y si resultaba, eso podría ayudar mucho a tener cosechas en distintas épocas del año.

Así, al quinto día después de haber dejado 'el Alto', entraron en la Ciudad. Buscaron un lugar para comer y tomaron un cuarto para cambiarse antes de salir y tenerlo como su lugar sobre todo, si llegaran a perder la pista el uno del otro. Después de instalados y de haber comido bien, sin pensarlo dos veces, comenzaron a andar.

En la esquina siguiente se separaron. Mateo hacia el mercado y María hacia las oficinas del gobierno.

Al entrar, sin dudarlo caminó hacia un escritorio en donde un señor, de edad próxima a la que tendría su padre le hacía una seña de acercarse.

"Buenos días señorita, siéntese por favor", dijo muy correcto.

"Buenos días, señor", contestó María.

"¿En qué puedo servirle?", preguntó.

Antes de contestar, María miró hacia los lados y acercándose un poco dijo en voz muy baja:

"Señor, busco saber algo de mi padre. Hace diez meses huí porque él me lo rogó y no he sabido nada, absolutamente nada de su suerte".

El señor del escritorio se sobresaltó un poco y en voz también baja le preguntó:

"Su nombre por favor". María le pidió un papel y en él escribió: "María Teresa Villanueva".

El empleado se levantó enseguida, metió el papel en su bolsillo y le dijo que salieran de inmediato a la calle como si fueran a dar un paseo. Antes de dejar la oficina dijo al portero que regresaría en una hora, por si alguien lo buscaba.

Ya alejados del sitio, él le dijo: "Su padre Ángel Villanueva, está en el hospital, en estado muy, muy grave. Vamos rápido".

El hospital estaba a dos cuadras, de modo que en menos de diez minutos María y su acompañante estuvieron dentro y caminaron hasta llegar a un cuarto en cuya puerta un uniformado hacía guardia. Al ver al señor de la oficina de Gobierno, el gendarme se hizo a un lado, abrió la puerta, los dejó pasar y volvió a cerrar la puerta.

Entonces, María vio a su padre. Realmente estaba muriendo.

Se acercó a él y se inclinó para dar un beso en su frente. Él miró hacia arriba y la vio y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Su frente se relajó y dijo muy levemente: "Dios te bendiga"... luego suspiró y... "ahora me puedo ir tranquilo....", fueron sus últimas palabras. Ella lo abrazó, le cerró los ojos y lloró un poco. Comprendía que era realmente por eso el afán de hacer ese viaje que le había entrado en los días anteriores. Su padre la llamaba para despedirse.

Le dieron cinco minutos para permanecer a su lado y luego el mismo señor la tomó del brazo y se retiraron un poco, sin salir de la habitación que tenía otra puerta por donde entraron los médicos y el personal para realizar todas las acciones pertinentes. El empleado oficial, quien era un abogado civil, le preguntó en dónde podría encontrarla. Ella le dio el nombre de la posada y le dijo que preguntara por el matrimonio Ranchoviejo. Él le dijo que allá la buscaría al caer la noche. Que regresara por otro camino y procurara no dejarse ver mucho y que saliera enseguida por la

puerta de atrás del hospital, con algún delantal de enfermera que consiguiera por ahí.

Todo fue fácil. El hospital entero estaba en ascuas pues todos supieron que ella había llegado 'a tiempo', y le facilitó un uniforme completo de enfermera y otra 'colega' la acompañó hasta la esquina siguiente después de la salida.

Una vez en el cuarto de la posada, María se sentó a pensar en todo. Resolvió vestirse con la ropa de Adelina, se peinó con trenzas, se puso el sombrero y salió a buscar libros. Se sentía triste pero en paz. Ahora ya sabía de su padre y que nadie le podría hacer más daño en este mundo.

Con el dinerito que llevaba compró cinco libros: El Quijote, una traducción de David Cooperfield y otra del Conde de Montecristo, además de un diccionario español no muy abultado y un viejo texto escolar de Aritmética y Geometría. En una papelería se proveyó de cuadernos y lápices. Regresó a la posada muy satisfecha por esas compras que agradeció en memoria de su padre y decidió esperar, sin cambiarse de ropa, la llegada de Mateo y también la del señor empleado del Gobierno.

Llegó primero el señor del Gobierno y le explicó que su padre había muerto no por intento de homicidio directo sino por una caída tremenda que le había causado una hemorragia hepática mortal, mientras corría escapando de los que lo perseguían y le exigían 'el dinero' o 'su hija', eso apenas ocho días antes. Realmente fue algo sobrenatural el que ella hubiera llegado en el preciso momento. No podían quedarse más tiempo. Ella no podría asistir al entierro. Él aconsejaba que viajaran a la madrugada, mientras los enemigos la esperaban por los lados del hospital, de la iglesia o del cementerio.

María le agradeció y pasó a hablarle brevemente del asunto del padre de su esposo. El señor la miraba con asombro.

"Yo conozco a Ramírez. Vive aquí. Volvió cuando quedó viudo y no tiene ningún reparo en suspirar por su Carmen, su indiecita del alma a quien desea encontrar", comentó.

"Pues ella es mi suegra. Esta ropa me la dio su hermana que fue la primera mujer a quien pude hablar después de huir montaña arriba por casi un mes. Dígale que tiene un hijo, casado con una hija de españoles. Que viven en 'Los Troncos', en la vereda 'El Alto'. Él se llama Mateo Ranchoviejo, y ella, (yo), María Villa de Ranchoviejo, que vaya a visitarnos... Yo no diré nada. Que sea sorpresa. Es importante para mi, porque quiero que cuando mis hijos lleguen a este mundo, encuentren un abuelo esperándolos. Sé que Carmen lo recuerda mucho. A usted también lo invito cordialmente a visitarnos. Me dará un gusto enorme verlo por allá".

El señor se despidió sonriente y asombrado y por primera vez dio su nombre: "Aquí siempre estaré a tus órdenes. Mi nombre es Alfonso Quintana". Finalmente añadió: "Yo me encargaré de todo lo relativo a la tumba y a la lápida con el nombre de tu padre. Te avisaré. Mejor que nadie de esta ciudad sepa que nos vimos". Salió sin más.

Mateo regresó media hora después de la salida del señor Quintana. Estaba contento por las semillas que había comprado y por todo lo nuevo que vio para mejorar los resultados de los cultivos en las tierras altas. Traía dos revistas de agricultura y tres periódicos viejos para leer despacio algunas noticias.

María le contó con pelos y señales todo lo relativo a su padre y al señor Quintana y le habló de la necesidad de salir de madrugada. Mateo volvió a sentirse 'el protector' y enseguida empacó todo en dos bultos: Uno con los libros y paquetes más pesados que llevaría él y otro más liviano para que María lo pudiera cargar fácilmente a la espalda. Acordaron salir vestidos como campesinos, de forma que no llamaran la atención de nadie.

Una visita por sorpresa

El viaje de regreso, en pura subida, les tomó dos días más que el de bajada. Al final del primer día, María y Mateo se relajaron en la posada sintiéndose calmados y sin temor. Nadie había pasado con noticias que pudieran alarmarlos o en plan de mirar a los huéspedes o cualquiera otra actividad sospechosa. Descansaron bien y al día siguiente continuaron su ascenso hacia Los Troncos.

Carmen se sorprendió por la rapidez de los hechos pero cuando le contaron los sucesos, se alegró de que María hubiera llegado tan a tiempo. Comprendió que en el fondo de todo, ése era el motivo del viaje: 'despedirse de su padre'. También pensó en el padre de Mateo y en que quizás alguna circunstancia los pondría en condiciones de conocerse entre ellos. Solamente lo pensó pero se abstuvo de comentarlo. María tampoco habló al respecto. Solamente le dijo que había invitado al señor Quintana añadiendo que le había hablado de su esposo Mateo y de la madre de éste de nombre Carmen, su suegra, quien cuando era muy joven había trabajado en una casa de españoles en la Ciudad.

En las tardes leían. Unas veces uno leía en voz alta y los demás escuchaban y preguntaban. Cuando había palabras difíciles, buscaban en el diccionario. Los alumnos eran de verdad personas deseosas de adquirir nuevos conocimientos, además inteligentes y nada perezosos. Otros días, cada uno leía individualmente algún tema y después contaba a los otros lo que había entendido.

Mateo empleó dos meses largos antes del período de lluvias en preparar el pedazo que destinaría a sus ensayos de nuevos cultivos.

Iban brotando las primeras plantas de las semillas compradas por Mateo en la Ciudad, en la pequeña parcela adecuada para ello cerca de la casa, cuando María supo que muy posiblemente un bebé germinaba en su vientre. Ese mismo día le contó a Carmen y

ambas decidieron esperar a que se completaran treinta días de retardo, para hablar con Mateo.

El embarazo comenzó a manifestarse con los síntomas comunes de mareos, náuseas, sueño a destiempo... pero nada demasiado difícil. María se propuso comer adecuadamente, Mateo vigilaba que ella no tuviera que hacer fuerzas cuando ayudaba en el campo, Carmen trataba de cocinar según los deseos y gustos de la joven futura madre, que suelen ser muy extraños en tales condiciones y así, todo fue marchando suavemente. María pensó que la demora en concebir podía haber estado relacionada con la tensión anterior porque ella desconocía todo en relación con la situación de su padre, por ese desasosiego que la asaltaba durante la noche y la obligaba a pararse para coordinar sus pensamientos y tratar de recuperar la calma. Llegó a la conclusión de que realmente fue una protección ejercida por seres o fuerzas superiores, sobre ella y sobre el bebé, esa aparente aridez e infecundidad del primer año de vida conyugal.

María quiso tener un cuarto más en la casa. Pensaba en la invitación que hizo al señor Quintana y a su amigo Ramírez, pero solo habló del primero, de la conveniencia de tener un cuarto para visitas que serviría después para los niños... Mateo se admiraba de las ideas de su mujer pero las veía razonables y en cuanto se presentaba la ocasión propicia, las llevaba a la práctica. Así fue como en el cuarto mes de embarazo, la casa tuvo su tercera habitación, la cual fue rápidamente surtida con los elementos básicos. En los días siguientes entre todos blanquearon todas las paredes y la casa se vio especialmente limpia y acogedora. María pensaba en algún cuadro bonito para una pared de cada cuarto... eso lo guardaba en su mente para cuando se presentara la oportunidad.

Y una tarde, estaban María y Mateo en el campo, mirando las nuevas papas muy pequeñas que comenzaban a aparecer pegadas a las raíces. Mateo calculó al menos tres meses más para que llegaran a su punto, lo cual daría un total de poco menos de ocho meses al cultivo. Muy interesante, contra el año completo del cultivo tradicional. Pero faltaba ver qué clase de papas se producirían y si la gente las compraría con gusto... En esas, Carmen salió corriendo de la casa hacia ellos, muy sorprendida y emocionada, llamando:

"¡Mateo!, ¡Mateo!, vino... , vino..." y no terminaba

"¿Quién vino, madre?", preguntó el hijo

"Tu... tu.. padre!", contestó la madre

María se hallaba más retirada y no alcanzó a escuchar sino la palabra "padre". Se acercó para preguntar: "¿vino el padre de la parroquia?" y alcanzó a pensar en la Biblia y en el compromiso de leer las notas al pie..., que ella había olvidado recomendar a sus aprendices. Carmen y Mateo ya iban llegando a la casa sin oírla, así que ella se arregló un poco el pelo y se lavó la tierra de las manos, antes de correr detrás de ellos, no demasiado rápido por razón de su embarazo bastante avanzado.

Desde afuera escuchó palabras sueltas: 'sorpresa.'.. 'gusto', 'por qué no avisaron'... etc. Entonces entró y a quien primero vio fue al señor Quintana. Estaba a un lado de los otros tres que formaban un grupo especial.

"Buenas tardes, señora María", dijo el sonriente señor Quintana mientras estiraba su mano para saludarla.

"¡Ah, qué sorpresa, señor Quintana. Muy grata sorpresa!" contestó María y estrechó con afecto esa mano amiga. Luego, mirando al otro recién llegado que estaba de espaldas a ella preguntó:

"Y usted vino con...", en ese momento el señor aludido hizo un movimiento para mirar a quien acababa de entrar y respetuosamente se inclinó ante María.

"Le presento al señor Ramírez, señora María", dijo amablemente el señor Quintana y el presentado, con una venia perfecta saludó y extendió su mano:

"Francisco Ramírez. A sus órdenes", a lo cual ella contestó mientras estrechaba la mano tendida:

"María Villa de Ranchoviejo. Encantada de conocerlo, señor Ramírez".

Mateo miraba a todos como un niño sorprendido. Carmen no podía disimular su emoción. María se sintió repentinamente feliz, muy feliz y los hizo pasar a la cocina que era también sala y comedor. Se sentaron alrededor de la mesa.

La conversación fluyó con una tranquila simplicidad. Mateo se dirigió al señor Ramírez para decirle que su madre le había hablado de él sin decirle su nombre. Que le había dicho que cuando él se había ido para España y ella para la casa de sus padres y hermana, esa misma en donde se encontraban en ese momento, ellos dos no sabían que iban a ser padres.

El señor Ramírez, muy sonriente confirmó lo dicho por su hijo y lamentó no haber llevado ninguna dirección para enviar una carta. Contó que había encontrado a su esposa mal de salud y se había puesto a trabajar en lo que pudo encontrar, mientras la trataban médicos importantes pero que ella empeoró y vivió seis años más, siempre muy delicada de salud. Finalmente la enfermedad le ganó la partida y murió. Fue entonces cuando él, habiendo quedado solo decidió volver a América para ubicarse en la misma ciudad por si de pronto Carmen siguiera trabajando en ella y se pudieran encontrar. Llevaba diez años esperando hasta el día en que su

amigo Quintana le contó del encuentro con la señora de Ranchoviejo y de la posibilidad de que Carmen estuviera relacionada con ella, aunque sin ninguna seguridad. Entonces se decidió a hacer el viaje y se sentía muy agradecido por la invitación y por la alegría de ese encuentro.

María preguntó al señor Quintana si los enemigos de su padre habían vuelto a aparecer y él contestó que ninguno. Que el problema había sido una pelea antigua por algún negocio equivocado que el señor Villanueva había firmado, pero que no se trataba de un delito sino de un fracaso y que en la ira por la pérdida del dinero hicieron muchos esfuerzos por obtener una compensación criminal de esa frustración económica. Que por eso no lo habían hecho morir antes. Esperaban cobrar miserablemente en una criatura inocente, ese error. La visita de ella había sido en el momento preciso. Él, Quintana, cuando alguien le preguntó quién había sido la última señora que vio al enfermo, pues el guarda de la puerta lo había visto entrar acompañado de una dama, había explicado que se trataba de una médica, amiga suya, especialista en cuestiones hepáticas que estaba admirada de que con semejante hemorragia, el paciente siguiera vivo. Al verlo morir, ella se fue a hablar con los médicos. Él no la volvió a ver y salió del hospital para arreglar los asuntos del entierro y demás, asuntos todos que salieron bien.

En el entierro, según el mismo guarda, habían estado dos de los hombres involucrados en la persecución del señor Villanueva, que se quedaron atrás, cerca de la puerta y revisaban uno por uno a todos los asistentes. Que de ahí no pasó la cuestión.

Carmen ayudada por Mateo preparó la cena. El señor Ramírez los miraba complacido. Mientras la comida daba punto, Mateo y los invitados salieron al patio para mirar el crepúsculo y los sembrados. No eran cultivos muy extensos pues el terreno de la

propiedad no era más grande, pero todos bien llevados, mostraban en diversos puntos la producción que se avecinaba. Quintana admiró muchas cosas. Finalmente estuvo la comida sobre la mesa, volvieron y comieron todos con gran gusto. María en un par de momentos, en los cuales pudo retirarse de la charla, había preparado dos camas en el cuarto nuevo. Así, al terminar, Carmen llevó a los visitantes para que descansaran pues el viaje había sido largo. Ellos aceptaron y todos quedaron en que al día siguiente se tomarían las decisiones sobre cómo utilizar el tiempo que tuvieran disponible.

Decisiones

El primero en salir del sueño fue el señor Ramírez. Carmen estaba en la cocina, así que él llegó directamente a pedirle que pensara en la posibilidad de que él viviera cerca. No necesariamente en la misma casa pero cerca. Él no había dejado de pensar en ella. Se encontraba completamente solo en la Ciudad y, sobre todo, ellos tenían un hijo y pronto serían abuelos. Él no quería perder más tiempo. Quería estar cerca y ayudar a su hijo, a su nuera y, especialmente a ella, Carmen, en lo que pudiera y, además, jugar con su nieto o nieta. Que en el momento en que ella le contestara que sí, en ese momento comenzaría a caminar, porque estaba decidido, en cuanto regresara a la Ciudad, a entregar el apartamento y pasarse a vivir en una pensión. Que si Mateo quería su apellido, podrían ese mismo día ir a la parroquia para cambiar el certificado de bautismo y de matrimonio, pero que no lo quería presionar. Si Mateo quería, y cuando Mateo quisiera.

Carmen le prometió pensarlo. Le dejó entrever que aceptaba su oferta pero que sería bueno dar una espera, por decir un mes, para pensar bien y arreglar los detalles.

Enseguida se sirvieron el café matutino mientras llegaban los demás.

Todos estuvieron pronto alrededor de la mesa saboreando su café. El señor Quintana expresó que ellos dos habían decidido pasar el día ahí, con ellos y madrugar al día siguiente para volver a la Ciudad. Que qué pensaban de eso.

Mateo, tranquilo y como quien ha pensado bien las cosas comenzó por decir que ahora que conocía a su padre, podía renunciar al apellido inventado por él y llevar el verdadero. Sobre todo, quería que estuviera todo correcto antes de la llegada del bebé. El señor Ramírez y Carmen, ambos sonrieron muy satisfechos, y de ahí salió que la primera ocupación sería ir a la Parroquia para efectuar los cambios mencionados.

María quiso dar las gracias muy especialmente al señor Quintana por todo su interés y ayuda en lo concerniente a su padre. Por su parte prefería seguirse llamando en adelante María Villa de Ramírez, por el hecho de que los antiguos enemigos continuaban vivos y era imposible saber qué podría pasar si su nombre completo de soltera llegara a sus oídos.

El señor Ramírez sonriente le pidió a Carmen que diera su opinión.

Carmen dijo que de veras estaba feliz de que padre e hijo se hubieran encontrado. Que ella tendría siempre abiertas las puertas para hospedar al señor Ramírez y por supuesto al señor Quintana. Que entre todos podrían pensar en una ampliación de la casa, de forma que siempre estuviera listo para ellos un lugar en donde hospedarse e inclusive, quedarse a vivir.

"Bueno", dijo Mateo, "solamente quedaría preguntar a la tía Anatilde si está de acuerdo. Al fin ella es dueña de la mitad de la propiedad. Estoy seguro de que va a estar muy contenta con la idea, pero podemos ir a verla y hablarle del asunto".

Así que todos caminaron hasta 'Los Troncos' y comenzaron por la visita a la tía.

Fue divertida para todos la reacción de Anatilde y su lenguaje autóctono de la más limpia y ancestral corrección aborigen desde la conquista española. Claro que la tía enamoró a los recién llegados y ella misma estuvo contentísima de que su familia se creciera así y se quedaran a vivir en la casa que había construido su padre, en donde Carmen y ella habían nacido y crecido, y en donde Mateo había nacido y crecido y ahora, esperaban a un nuevo bebé que allá mismo nacería y crecería. Ella quiso acompañarlos a la Parroquia para lo del cambio de los apellidos de Mateo.

El señor cura fue el más sorprendido con la visita. Los hizo sentar y les ofreció una copita de vino a cada uno. Luego procedió con toda corrección a hacer los cambios, para lo cual el comienzo fue una declaración del señor Francisco Ramírez de 'reconocimiento de Mateo como hijo suyo'. Luego con base en tal documento una vez firmado por el declarante y por Alfonso Quintana como testigo, se procedió al cambio del apellido de Mateo en las actas de Bautismo y de Matrimonio. El señor Ramírez dejó una buena donación para la parroquia y agradeció al sacerdote su bondad.

Salieron luego para recorrer todo el pueblo, mirar los campos, saludar a la gente conocida de Anatilde que era prácticamente toda la gente y regresaron con la tía a la casa del 'Alto' para preparar entre todos un buen almuerzo y acabar de pasar el día en charlas de todo género.

Al final de todo, fue la tía Anatilde quien preguntó:

"Y, ¿para cuándo van a dejar la boda?"

Francisco Ramírez le contestó enseguida:

"Pues querida cuñada, ayúdeme para que la reina de mi corazón diga pronto que Sí"

En ese punto terminó la charla con la sensación generalizada de que ese 'Sí' sería ciertamente el próximo paso. Carmen sonreía ruborizada.

Se decidió que lo mejor y más fácil era construir una casa pequeña separada porque añadir más cuartos a lo ya construido presentaba problemas. Marcaron el lugar e hicieron sobre el piso un trazado de paredes: una sala amplia que fuera a la vez cocina, sala y comedor, y dos alcobas con un baño en medio. Mateo se propuso empezar antes de que llegara el tiempo de la cosecha grande. Su padre le prometió regresar pronto para ayudar.

María quiso informar a todos respecto del tiempo probable del nacimiento del bebé. Según ella y Carmen, el embarazo iba por el quinto mes, de modo que en cuatro meses más o menos, llegaría el momento. Y enseguida, viendo a su suegro tan deseoso de cooperar añadió:

"Señor Ramírez, si usted puede hacerme un favor, yo le encargo tela para los pañales. No tienen que estar hechos, porque los de los primeros meses deben ser más pequeños y además porque tendré tiempo para hacer los bordes yo misma".

El abuelo se emocionó con la solicitud de su nuera y prometió traerle su encargo. Dijo que sin duda en las tiendas le aconsejarían sobre esa tela. María le dijo que era una tela que toda mujer conocía. Era especial por lo suave y absorbente y era lo más necesario y la misma siempre. Pobres y ricas, todas las mamás la utilizaban. De modo que preguntara en varias partes, para que no le quisieran vender una tela más cara que, sin duda, no iba a resultar igualmente útil para ese objetivo.

María le aclaró que no le daba nombres ni señas de sus amigas porque ella no podía saber cuáles de ellas eran hijas de los enemigos de su padre, pues todos ellos y sus familias habían sido muy amigos mientras su madre vivió. Fue después de que ella

murió que el grupo de los hombres siguió reuniéndose siempre en la casa en donde vivían ella y su padre. Ella sentía por el tono de las conversaciones, sobre todo porque ya no se reían, que se desviaban de la amistad buena que tenían antes e iniciaban negocios comunes para los cuales no tenían preparación... por esos negocios fracasados, terminaron de enemigos. Pero ella no sabía si todos, o quiénes, porque su padre en los últimos tiempos le pidió varias veces que no visitara más a sus amigas, sin darle muchas explicaciones.

Finalmente todos estuvieron de acuerdo en que el señor Ramírez regresaría en tres o cuatro semanas. Mientras tanto Mateo y un obrero despejarían el lugar de la nueva construcción y abrirían las chambas para los cimientos, aprovechando que la próxima cosecha llegaría en tres meses. Así que, en esos tres meses la construcción debía adelantar lo suficiente para que se pudieran levantar todos los escombros y continuar más lentamente en lo limpio, mientras se recogía la cosecha y se vendían los productos antes del nacimiento del bebé.

El señor Quintana se sentía muy inclinado a pedir una licencia en su trabajo y acompañarlos para colaborar en las labores durante dos meses, que incluyeran el día del nacimiento.

Con esas perspectivas se despidieron los visitantes, ahora familiares mucho más que visitantes, y los tres de la casa volvieron a sus quehaceres.

Un enlace necesario

María se sentía bien. La compañía de su bebé que dejaba sentir golpecitos en su vientre y la realidad del esfuerzo y el cariño de Mateo y de Carmen era una evidencia absoluta del orden y honestidad profundas de esos seres tan especiales, evidencia que

había ahuyentado totalmente toda ansiedad y temor anteriores en su propio espíritu.

Antes de cumplirse las tres semanas Francisco Ramírez regresó al Alto. Mateo y el obrero ya tenían completos los cimientos y comenzaban a levantar las paredes de la nueva casa. El padre y abuelo fue recibido por todos con muestras de mucho agrado. Carmen había superado sus alborotados sentimientos y se comportó con naturalidad como una amiga muy conocedora y segura de su amigo, quien era también el padre de su hijo.

Solo dos días después, ellos dos quisieron hablar con María mientras Mateo acababa de salir hacia el pueblo con el obrero para traer un nuevo surtido de ladrillos. El asunto era que tenían decidido casarse sin hacer ningún ruido. Ir sencillamente a la Parroquia y hablar con el sacerdote, fijar la fecha y regresar para la celebración, acompañados por Mateo, Anatilde y ella. Más adelante, cuando hubieran pasado los asuntos pendientes del nacimiento, de la cosecha, de la construcción, hablarían de una fiesta. De momento querían ser los abuelos legales y cristianos de su nieto.

María les dijo que claro. Que fueran de inmediato para hablar con el sacerdote. Él sin duda fijaría los avisos reglamentarios y quince días después los casaría. Tal vez sería mejor hablarle a Mateo cuando la fecha estuviera más próxima a fin de no dar lugar a que él se sintiera obligado a preparar una celebración. Igualmente en relación con Anatilde.

Eso hicieron ellos dos solos, sin pérdida de tiempo y volvieron sonrientes dos horas después. Cuando Mateo regresó, todos continuaban en la labor que tenían entre manos.

En los siguientes días las paredes subieron más de un metro. Al final de la primera semana del aviso parroquial, Francisco dijo a su

hijo que él quería vistar a la tía Anatilde porque no la había visto y ya iba más de una semana después de su llegada. Que por qué no iban todos, aprovechando el buen tiempo y también para que María caminara un poco, porque pasaba demasiado tiempo quieta en costuras de pañales. Mateo aceptó sonriente.

En cuanto el obrero se despidió, ellos cuatro salieron. Anatilde estuvo feliz al verlos llegar a su casa. Se sentaron y ella les sirvió aguadulce con papa cocida. Al final, Carmen habló:

"Bueno, quiero participarles un asunto e invitarlos a todos": miró a Francisco y él se acercó y la tomó de la mano. Ella continuó:

"El domingo próximo, los invitamos a la misa de las siete de la mañana en la parroquia, porque Francisco y yo vamos a casarnos ese día. El sacerdote ya separó esa fecha para nosotros. Por el momento no vamos a hacer ninguna fiesta. Solamente vendremos aquí a desayunar. Es que queremos ser los abuelos cumplidores de sus deberes cristianos antes de que llegue nuestro nieto."

Mateo se paró y abrazó a su madre y luego, tímidamente a su padre. María también los abrazó y los felicitó por tan buena decisión y finalmente Anatilde hizo lo propio, muy emocionada. Prometió 'desayuno con tamales', para ese día. Todos rieron y un rato después se despidieron.

Así fue como la Familia Ramírez entró oficialmente a formar parte de la sociedad de Los Troncos y el apellido Ranchoviejo se despidió de su primera familia.

Los abuelos se instalaron provisionalmente en el cuarto de los huéspedes. Mateo y María lo acondicionaron de la mejor forma que les fue posible. Por lo demás, la construcción continuó y también los preparativos del ajuar para un bebé que llegaría en tres meses.

Alguien hace preguntas

Alfonso Quintana, el abogado, estaba en su oficina. Sus negocios no eran muchos pero nunca se quedaba ocioso. Él tenía un cargo parcial en el Gobierno para cuestiones civiles relacionadas con heridos y muertos en accidentes, también con huérfanos menores de edad y con mendigos en situaciones similares derivadas de errores y accidentes. Sus principales actuaciones se referían siempre a temas hospitalarios y fúnebres. Rara vez tocaba directamente con los aspectos penales de los sucesos.

El asunto de Ángel Villanueva le había llegado desde el hospital al cual el herido fue llevado en grave estado por una caída cuando corría desesperadamente tratando de escapar de sus perseguidores, caída que le produjo una herida y terrible hemorragia hepática.

Tangencialmente Quintana había hecho contacto con la hija de Villanueva y sin que fuera su trabajo, había percibido los factores antecedentes de ese final. Su presencia en el entierro y vigilancia sobre la buena ubicación del cuerpo en la tumba que le correspondía y la correcta inscripción en la lápida, eran parte de su trabajo, así como la información a los familiares.

Pues un día, después del regreso de la montaña, el abogado Quintana fue buscado en su oficina por una mujer de nombre Sara González. Al verla él calculó alrededor de treinta años de edad. Además la mujer tenía una cicatriz en el labio superior, posiblemente producida como consecuencia de alguna operación relacionada con el paladar o de un fuerte golpe.

La mujer, una vez que él le pidió se acercara, le dijo en voz baja que venía buscándolo durante varios meses pero no quería hacer preguntas en público porque temía... muchas cosas. Que desde que lo había visto en el entierro del señor Villanueva, se había propuesto localizarlo para hablar con él. Que como era largo y no

quería ser escuchada por personas ajenas al asunto que le preocupaba, le proponía que se encontraran en un lugar público en donde parecieran amigos o parientes.

Quintana, amablemente aceptó salir en media hora y dirigirse hacia el parque cercano. Que allá, ella se le acercara como una amiga de tiempo atrás y buscarían un lugar para hablar. De momento, ella debía salir, comprarse un emparedado cerca del parque y sin ninguna preocupación sentarse a comerlo lentamente en uno de los bancos que estaban cerca de la esquina más distante, mientras él llegaba.

Cuando Sara salió, Quintana buscó rápidamente en sus archivos por González y por Villanueva y encontró que alguien llamado Arnulfo González junto con su cliente de ese tiempo, formaban parte de un grupo que se deshizo tras la muerte de Villanueva. Entonces el abogado se levantó y salió 'para un asunto de bancos'. Volvería después del mediodía, avisó al portero.

"Señor Quintana. Necesito hablar con usted. No tengo a nadie de confianza pero no puedo seguir en esta situación".

"Mire mi cicatriz", le dijo señalando su labio. "Es el resultado de un golpe que mi padre me dio cuando yo le dije, hace más de cinco años, que iba a buscar a María Teresa Villanueva porque era mi amiga y porque las dos familias siempre habíamos sido amigas y porque el señor Villanueva no era ningún maleante como él, mi padre, decía". Hizo una pausa para continuar en tono triste:

"Mi padre nunca había hecho algo así. Durante mi infancia, él había sido mi héroe siempre, siempre. Yo tenía diez años cuando nos pasamos a vivir cerca de los Villanueva y María Teresa solamente tenía cinco, pero fue mi amiguita desde ese momento. Yo la cuidaba y le jugaba mientras nuestras mamás conversaban. Así crecimos las dos.

Cuando fui una señorita, a los dieciséis, seguía queriendo a María Teresa como mi tesoro. Después la mamá de ella enfermó y murió y ya no la vi más. Mi padre visitaba al padre de ella pero eran reuniones de hombres. Después mi madre le reclamaba por su ausencia y él comenzaba a hablar de un negocio grande que les habían propuesto y por eso no podía hacer reuniones familiares, pero que después las harían... lo que siguió fue que empezó a hablar de dos nuevos miembros del grupo, personas inteligentísimas y muy hábiles en los negocios. Mi madre preguntó por las esposas y él le dijo que esos señores no metían a sus familias en sus asuntos de negocios. Que sus esposas e hijos vivían en otro país.

Finalmente mi madre se opuso a que él se metiera en esa clase de negocios que funcionaban siempre lejos de la familia y él montó en cólera. Todas las reuniones de los señores se hacían en la casa de mi amiga María Teresa. Entonces pregunté a mi padre si podía ir con él y mientras hablaban, yo estaría con mi amiguita y me lo negó rotundamente. Me dijo que Villanueva iba por mal camino. Que me prohibía ser más amiga de esa muchachita. Entonces yo me puse furiosa y fue cuando él me golpeó y me rompió el labio y me tumbó un diente". Miró a su interlocutor que estaba muy atento y continuó:

"Siguió pasando el tiempo y las cosas se pusieron cada vez peor. Finalmente mi madre habló de separarse y él le dijo que no le importaba. Que ella se arrepentiría cuando diera fruto la gran empresa que estaban construyendo... Mi madre, sin embargo seguía con él aunque siempre descontenta y como asustada. Hasta que hace como tres años, un día llegó furibundo, despotricando contra el estúpido Villanueva que los había llevado a todos al fracaso. Que la iba a pagar en donde más le dolía, pero que todo era culpa de él.

Cuando mi madre le preguntó que cuál era ese lugar en donde más le dolía a Villanueva, él, mi padre, como poseído por el mismo infierno dijo, 'pues esa estúpida muchacha'. Enseguida se frenó como quien acaba de condenarse a sí mismo a muerte. En ese momento supimos que mi dulce amiga sería el plato que se rompería en ese negocio infame. Entonces las dos lo dejamos solo. Nos fuimos a un hotel. Al día siguiente muy temprano mi madre fue al banco y obtuvo todo su dinero. No el de él, sino el de las cuentas de ella, en las cuales él tenía autorización para firmar. Mi madre avisó que por un tiempo indefinido retiraba la autorización a cualquiera otra firma para mover sus cuentas. Luego tomamos el tren y salimos para la ciudad costera más distante dentro de este mismo país. Mi madre no resistió el golpe sobre su corazón. Murió de un infarto fulminante un mes después. Yo, llorando, la enterré y le prometí que trataría de salvar a nuestra amiga María Teresa. Por eso me vine. Entré a vivir en una residencia universitaria en donde me dieron trabajo de Secretaria que es un servicio para los estudiantes.

Desde lejos empecé a seguir los pasos de ese grupo. Supe del accidente y muerte de Ángel y lo vi a usted en los trámites de sepultura y lápida. Desde ese momento hasta ayer lo había buscado. Lo vi entrar en esta oficina y copié el nombre de todos los abogados de aquí. Busqué a un amigo abogado para preguntarle cuál de ellos era un señor con sus características y él, sin dudar me dijo su nombre..." se quedó pensando un poco y añadió:

"Usted podría ser mi tío. Quintana era el apellido de mi madre".

El abogado le contestó: "Perfecto, señorita González. Es más fácil viajar juntos si usted es mi sobrina" y le explicó a continuación:

"Me alegro mucho por este encuentro y le agradezco. Le puedo asegurar que su amiga está muy bien. De verdad bien. Primero le preguntaré a ella antes de darle su dirección, porque ésa es la regla.

De todos modos no se refiera a ella con el nombre completo. Solamente 'María' o, 'María de Ramírez', y los relacionados entenderemos completamente.

Sara sonrió dulcemente. Alfonso Quintana la miró con asombro. Él había visto esa cara... Luego, pensó que era necesario completar la entrevista.

"¿Qué ha pasado con su padre?", preguntó Quintana

"Todo lo que sé es que se encuentra recluido en un sanatorio para enfermos mentales". No sé el nombre de ese lugar. Deseo conocer cómo se encuentra aunque prefiero no verlo. Pero tampoco quiero hacer preguntas. Todas las cosas normales se vuelven de pronto peligrosas..."

"¿Quiere que yo averigüe?", preguntó el abogado

"Le agradecería mucho. También me gustaría saber quién aparece como responsable por él" ... no me imagino quién pueda ser, a menos que sea otro del grupo, alguno no tan afectado ni tan crédulo que se haya dejado influir tanto por ese par de los cuales no sé absolutamente nada... Tienen que ser los dos que estaban en el entierro y que miraban a uno por uno de los presentes. A mi me miraron como veinte veces. Me debieron ver vieja, en comparación con mi amiguita..."

"Mmm, de pronto nos encontramos con las respuestas, cuando menos lo pensamos...", comentó él.

Así, empezaron a caminar. Sara dijo que su lugar de residencia estaba cerca y hacia allá se dirigieron. Quintana le prometió traerle las noticias que encontrara. Le recomendó de todos modos que se cuidara mucho y que no hablara de la familia amiga. Mejor evitarlo.

La cosecha, las paredes y el techo

La construcción adelantaba. Cuando comenzaba la última semana antes de iniciar la recolección de la primera cosecha de papa, las paredes llegaron a los dos metros y cuarto que era la altura prevista. En los siguientes tres días pusieron y aseguraron las vigas de madera que sostendrían horizontalmente el techo y las maderas que formarían el fondo de ese techo, sobre las cuales se trabajaría la cubierta final de paja. Eso hecho, podrían dejar la construcción por unos meses sin que se deteriorara.

Mateo, su padre y el obrero empezaron a sacar papa y a empacarla en las bolsas correspondientes que eran fabricadas por algunos campesinos a quienes Mateo las compraba en el mercado. Después iban montándolas en la carreta y con el burro, Mateo la llevaba al comprador, mientras los otros alistaban las siguientes. Fue un trabajo en equipo muy bien coordinado. En cinco días se había terminado el primer lote. Los otros dos, sembrados con papa normal, debían esperar otros tres meses bajo la tierra.

En dos días consiguieron, buscando a todo lo largo y ancho de la vereda, toda la paja de la calidad y punto de madurez precisos, que era necesaria para el techo y comenzaron a ponerla por manojos firmemente atados, según la tradición regional que daba los mejores resultados. Ese fue el procedimiento más laborioso y exigente que les tomó dos semanas completas. Al final, con el techo firmemente agarrado a las bases, los obreros levantaron el trabajo, recogieron las herramientas y guardaron todos los desórdenes. Toda la familia se disponía para ponerse al servicio de las señoras por lo que pudieran necesitar en relación con el próximo alumbramiento.

El primer retoño

María terminó las dos docenas de pañales que se había propuesto bordear. Organizó las camisitas, los abrigos, patines gorros y mitones para el bebé, ropas muy graciosas que se usaban en la región, tejidas con lanas de vivos colores, hiladas a partir de la lana de las ovejas más sanas y blancas, coloreadas luego con extractos vegetales conocidos y utilizados desde tiempos antiguos. Carmen, en la cocina separó y lavó especialmente una olla para usar solamente con el agua que debía hervirse y en la preparación de las pequeñas compotas que fueran introduciéndose en la alimentación del recién nacido. También se pusieron aparte los jabones para lavar las ropitas y las vasijas para dejarlas en remojo.

La señora Maruja era la partera más experimentada y estaba alerta para movilizarse en cuanto la llamaran. Anatilde estaría todo el tiempo en la cocina. Finalmente Mateo y Francisco, como ha sido por años la costumbre, estarían midiendo a pasos largos la sala y el patio en espera de que los emplearan para algún mandado.

Cuando había pasado el primer día del margen de cinco con la mayor posibilidad, todos fueron a descansar después de ponerse sucesivamente a la orden de las mujeres. María pensó que mejor dormir un poco, y que seguramente su bebé daría señales suficientemente fuertes como para despertarla cuando quisiera salir.

Todos durmieron bien hasta casi el amanecer. En ese momento María se paró, Mateo llamó a su madre y salió por la partera pues comenzaba la fuente precursora del alumbramiento. En una hora estaba doña Maruja avisando a todos que el proceso iba muy bien y que según sus cálculos y experiencia en una a dos horas tendrían al bebé saludando a su familia.

Fue rápido. La niña Clotilde Ramírez nació bien. El nombre lo tenían listo: era el nombre de la bisabuela. La madre de Carmen y Anatilde se llamaba Clotilde. María sudorosa y tranquila la besó cuando su suegra se la acercó, ya vestida y envuelta. Mateo, emocionadísimo no se atrevía a cargarla por miedo de hacerle mucha fuerza. El abuelo al ver esa muñequita linda en sus brazos sonrió verdaderamente feliz. María estaba plena de dicha. Pensaba en que sus padres, desde algún lugar y modo de su vida actual, también estarían contentos de ser abuelos. En su corazón agradeció inmensamente el don de la maternidad y encomendó al Padre Dios a su hijita y a todos los vivos y los muertos que hicieron posible el milagro de esa vida. Llegó el momento de ponerla al seno. Con ayuda de la suegra, la bebé lo intentó, aunque no mucho. De momento quería dormir.

En la cocina, Anatilde comenzó a ofrecer café y ahí iban llegando en orden para turnarse y volver a la alcoba. Hacia las ocho de la mañana, después de desayunar, la señora Maruja se despidió. El abuelo Ramírez quiso pagar, pero Carmen le dijo que eso se acostumbraba hacer después, y no en la casa de la parturienta sino en la de la partera o en otro lugar. Que no se preocupara, que ella le diría cuándo debía hacerlo.

Anatilde tomó su turno de cargar a su sobrina-nieta y lo hizo con suavidad y le cantó un arrorró en una lengua diferente, ancestral. Finalmente dejaron descansar a la madre y a su hijita y se sentaron alrededor de la mesa a conversar en voz baja acerca de la vida que pasa y de la cosecha y de la casa en obra negra que ya se veía bonita y buena de tamaño...

El abuelo Ramírez se sentó a escribir una carta al amigo Quintana, en la cual le reclamaba por incumplir la promesa de llegar antes del nacimiento. Cuando iba a salir, golpearon a la puerta. Dos personas estaban ahí: Alfonso Quintana y Sara González. Habían esperado

para dejar la Ciudad hasta recibir la carta de María en respuesta al abogado, diciendo en ella que los esperaba con los brazos abiertos.

Anatilde se afanó para servir dos cafés y dos desayunos que no fueron despreciados. Carmen salió de la alcoba para decir que María estaba despierta y que había escuchado la voz de su amiga. Sara, después de lavarse y cambiar su ropa en el cuarto que antes era el de Carmen, se dirigió con ella a saludar a su amiguita de tanto tiempo.

Todos se sintieron bien. María tenía a su lado a alguien de su infancia, a una hermana mayor que había sido su cuidadora y compañera de juegos. Era un elemento de equilibrio, un momento perfecto para todos.

Antes del mediodía todos habían encontrado un quehacer. Respecto al hospedaje, el señor Quintana pidió le permitieran estrenar la casa nueva. Él mismo eligió el lugar y ahí acomodaron una cama que tenían desbaratada en un rincón de la casa. Hacía un poco de frío pero había frazadas suficientes y también una vieja puerta para tapar ese hueco. La ventana, que no era muy grande se cerró con tablas y un fogón de tres piedras en el piso, con poca leña, rápidamente calentó el ambiente. De todo eso resultó que la casa nueva entró en funciones antes de lo pensado. Sara dormiría en el cuarto que fue de Carmen y todo resuelto.

Puesto que María debía descansar lo más posible, todos se trasladaron al jardín. Carmen y Sara se turnarían cada hora para cuidar de la nueva madre y su retoño. Los hombres se pusieron en plan de preparar una comida para que Anatilde pudiera descansar. Ella prefirió ir a su casa para cambiarse. Regresaría a la hora de la cena o si se quedaba dormida, al día siguiente muy temprano, para hacer el desayuno. Mejor todos votaron por la segunda opción para que ella no estuviera preocupada ni anduviera de noche por la calle.

Alfonso Quintana y Francisco Ramírez conversaron sobre los problemas de María y de Sara en relación con los desafortunados sucesos de sus padres. El padre de Sara no había muerto pero estaba en una clínica siquiátrica porque algo que bebió le dañó el cerebro. Eso parece haber sido una cierta droga que era parte del tal negocio gigante que ese grupo capitaneado por los dos últimos que se unieron, quería comerciar. Villanueva se les opuso y por eso el odio contra él. Como una lección y a la vez una venganza porque permitió que las autoridades descubrieran e impidieran la salida de la droga, iban a ensayar algún producto derivado de ella en su hija, de ahí el terror del padre. El otro, el padre de Sara, desesperado por el abandono de su esposa y de su hija, no se sabe si por propia mano o ayudado por los otros, ingirió el fármaco con las consecuencias que conocemos. Los médicos dicen que el daño no presenta posibilidades de ninguna recuperación.

Entre todo eso, algo bueno apareció: Sara y Quintana estaban juntos y querían continuar juntos. Se proponían casarse ahí en los Troncos, antes de volver a la Ciudad.

Sara, sin duda hablaría con María y ella con Mateo, de modo que los viejos podían abstenerse de llevar el tema a la conversación abierta. Salvo lo del amor, que es independiente y que siempre motiva de manera positiva.

La búsqueda de los dos malandrines está en manos del cuerpo especial de la Policía y de los abogados penalistas del gobierno. Por suerte las chicas no cayeron en esas trampas.

Los demás matrimonios del grupo parece que todos perdieron sus dineros pero se dieron cuenta de que tenían que salvar la vida y, en lugar de ponerse en contra de los otros, prefirieron volver a su país de origen. Ya todos están viviendo en Europa.

Tan variadas conversaciones, tan graves problemas, todo se reduce a casi cero ante el milagro de un nacimiento, de una vida que comienza. El par de viejos se dieron un fuerte apretón de manos y pusieron su empeño en buscar la manera de construir o mandar hacer una cuna para la recién nacida. Una cunita que se pare independientemente de la cama de los padres y que pueda servirle al menos por todo el primer año.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

El Nuevo Siglo

El nacimiento de Clotilde Ramírez Villa sucedió hacia el final del año 1899. En esas tierras suramericanas, sobre todo en las zonas altas alejadas de las ciudades, a las cuales llegaban las noticias y los impresos del Viejo Mundo, no existían los mitos ni los agüeros que en el reciente cambio de siglo aparecieron en superabundancia en todos los rincones de nuestro planeta. Realmente lo que cambiaba al final de ese año no era el siglo, porque faltaba uno para que se completaran los cien años del siglo diecinueve, sino solamente el número que se escribía al anotar la fecha al comienzo de una carta, o de un recibo de pago de un arriendo, o de una deuda. Todavía no llegaba el siglo veinte. No había escuelas regulares con maestros que explicaran la cuestión a los alumnos y por tanto esa cuestión no se convirtió en pregunta y solamente el uso enseñó a todos a escribirlo bien. En el año mil novecientos 1900, Clotilde vivió su primer año en este mundo.

Las amigas

La llegada de Sara a Los Troncos fue para María un motivo de profunda emoción: era alguien de su país de la infancia; las dos tenían en común muchos y muy tiernos recuerdos de esos años entre los cinco y los diez de María y de la amistad de las familias, sobre todo de sus madres que se trataban como si fueran hermanas y ellas, las niñas, lo habían sido en la práctica. Fue un sentimiento mutuo reforzado por el hecho de ser ambas hijas únicas. Tristemente, la madre de María murió antes de que ella llegara a los diez años y su padre pronto evitó expresamente todo encuentro entre las niñas, pese a la voluntad de la madre de Sara de que pudieran continuar viéndose.

Encontrar a su 'amiguita' en el día preciso en el cual había traído una hija al mundo fue una sorpresa inmensa para Sara. Alfonso Quintana no le había contado del embarazo de María. Él quería que ella tuviera esa gran sorpresa y que no se desesperara demasiado por ese camino tan largo...

Entonces, pasados los primeros momentos, ambas descansaron. María tenía que hacerlo y Sara empezaba a sentir todo el cansancio del viaje.

Durmieron hasta que Carmen llegó con Clotilde que ya tenía hambre. Había chupado ávidamente de un tetero con agua tibia.

En los tiempos que les dejaba libres el sueño de Clotilde, Sara y María intercambiaron sus propias historias, ambas con el peso de la suerte de los padres, más difícil en el caso de Sara, pero para ambas era bueno hablar y escuchar. María se reconcilió con la vida por el hecho del proyecto inmediato del matrimonio de Sara con Alfonso Quintana de quien ella tenía una muy buena opinión. Le parecía una persona sensible, honesta, inteligente y muy prudente. Felicitó a Sara de corazón. Por su parte le contó de su vida, de la bondad de Mateo y de Francisco su padre, de Carmen y Anatilde

que eran al fin toda la gente de la familia. Le habló de lo buenos que eran sus métodos tranquilos y firmes para llevar a cabo lo que se proponían y le contó del aprendizaje de la lectura en la Biblia del párroco. Sara se rió de muy buena gana con el asunto de leer los pies de página, así como si fuera la obligación de un mandamiento de la Iglesia.

También aclararon entre las dos el porqué de los temores del padre de María: Sara, a través de sus conversaciones con Alfonso supo que esos hombres perversos odiaban de muerte a Ángel Villanueva porque había denunciado ante las autoridades la clase de negocio de esos dos, de quienes ninguno conocía los nombres, en el cual habían involucrado al grupo de amigos pudientes e ignorantes, al cual él pertenecía, obteniendo como resultado la pérdida de todos los tratos hechos y ganancias esperadas, además de los dineros ya invertidos. Esos responsables y mal intencionados, querían verlo sufrir obligándolo a mirar el efecto de la droga en su hija, pues se proponían obligarla a que bebiera frente a él. Luego lo matarían. Por eso no lo mataron antes, porque estaban obsesionados con localizar y secuestrar a su hija. Aunque con muy triste fin, ese accidente tan bárbaro, al final fue su salvación. Y el que ella hubiera podido despedirse y darle un beso, eso fue un milagro sin ninguna duda.

Absolutamente infames y llenos de ayudantes pagados, no lograron impedir que la hija llegara hasta el hospital y besara la frente de su padre. ... María interrumpió a su amiga para decir: "Él me miró, me reconoció y dijo: 'Dios te bendiga' y enseguida murió".

Respecto de su propio padre, Sara le dijo que Alfonso no logró averiguar si fue él mismo en su desesperación quien tomó de la droga o si fueron los otros dos quienes se la dieron a la fuerza. Lo cierto es que a ella no la persiguieron. La vieron en la misa del entierro del papá de María pero no le hicieron nada ni la siguieron.

Fue ella la que buscó a Quintana sin preguntar por él, sino buscando, buscando por oficinas de abogados hasta que lo encontró.

Con el pasado así recuperado y almacenado al margen de las cosas importantes que sucedían en ese momento de sus vidas, Sara y María se propusieron aumentar sus comunicaciones en el futuro y contarse los planes para cooperar en cuanto pudieran.

Otra boda en Los Troncos

En cuanto todos, incluida Anatilde se enteraron del proyectado matrimonio Quintana-González, sin ninguna dificultad acordaron hacer una fiesta grande para celebrar en un mismo día el ya realizado de Francisco y Carmen, con el próximo de Alfonso y Sara y el nacimiento y bautizo de Clotilde.

Puesto que el abogado tenía dos meses de licencia, se podía esperar cuatro semanas para la primera salida de María. Entonces quedó todo pactado para el cuarto domingo a partir de ese día. Los futuros esposos debían ir a la Parroquia para pedir al sacerdote iniciar los trámites necesarios y fijar la fecha para las dos ceremonias: el matrimonio de la pareja ya nombrada y el bautismo de la pequeña en el mismo día.

El tiempo empezó a correr y los habitantes también. Los señores se propusieron terminar la casa nueva, con ayuda del obrero que Mateo conocía bien. Estaba muy claro que esa sería la casa de Francisco y Carmen, los abuelos de la familia.

En una semana estuvo completamente terminada la más pequeña de las habitaciones y allá se instaló provisionalmente Quintana. Todo continuó con orden. Hubo que buscar un experto en las conexiones sanitarias para el tema del baño, de acuerdo con los últimos métodos llegados a la ciudad y que, gracias al interés de Mateo que los había visto en el viaje anterior y recomendado al

experto en cuestión, ese hombre listo tenía los dibujos de cómo y con qué medidas se hacían todos los pasos y conexiones. Así el punto más complicado se resolvió con los métodos ultra-modernos del momento.

Se escogió la esquina del fogón para poner piso de piedra y levantar la base sobre la cual se encendería el fuego y con el método de siempre: piedras grandes sobre una cubierta de tierra, para acomodar entre ellas la leña y, encima de las piedras, las ollas. Se completó el piso de la casa con maderas. Siguió blanquear las paredes con cal y finalmente se adecuaron las ventanas y las puertas.

Francisco y Alfonso salieron una tarde muy calladitos a buscar un trabajo que habían encargado. Regresaron con una linda cuna completa, con todo: colchón, almohada, frazadas y una muñequita de trapo.

En la última semana se pasaron los muebles de Carmen y Francisco. Quintana se pasó al cuarto de huéspedes que, después del matrimonio, sería ocupado por ellos durante todo el tiempo que quisieran quedarse.

Anatilde continuaba a cargo de la cocina desde el desayuno hasta después del almuerzo, con escapadas para consentir a la nieta-sobrina. La tía quería adelantar cosas para el día que ya iba llegando. Con Carmen programaron la comida y encargaron los pollos, las mazorcas, las frutas, la harina para el pan... y todo lo demás para las tres buenas comidas de un día de matrimonio. Con mayor razón en este caso que se celebraban dos matrimonios y un bautizo en la misma fiesta. Mateo había pedido consejo a Quintana sobre los licores convenientes y los encargó al de la tienda de ultramarinos quien muy puntual los pidió y se los llevó hasta el campo en cuanto le llegaron.

Y llegó el día, y se cumplieron todos los puntos del programa y al final todos estaban contentos. María y Clotilde se fueron temprano a dormir. Mateo las acompañó un rato y luego salió a participar de la charla con los mayores que se sentían transportados a un mundo diferente del que ellos conocían y muy preferible en su mayor simplicidad. Tanto Francisco como Alfonso sentían que estaban viviendo un momento de una calidad difícilmente repetible. "Ojalá sea largo el tiempo de este estilo de vida para las poblaciones aisladas de esta América Hispana", expresó Francisco levantando su copa. Los demás levantaron y chocaron copas y brindaron por las parejas, por los hijos y los nietos y por todos los descendientes que pudieran llegar en el transcurso de los años por venir...

Arnulfo González

El padre de Sara, después de la desaparición de la hija de Villanueva y del abandono de su esposa e hija, entró en contacto breve con los dos traficantes que los habían metido en el "gran negocio". Él había estado convencido de que era su gran oportunidad de hacer fortuna y la oposición de su amigo lo desconcertó pero prefirió continuar en el proyecto muy activo. Cuando se encontró forzado a encontrar a la hija de Villanueva para que fuera la víctima del odio, y su esposa lo comprendió y lo abandonó llevándose a Sara con la clara intención de embarcarse para Europa, decidió quitarse la vida. No tenía ninguna salida decente y no deseaba seguir buscando a María Teresa.

Conversó con esos dos y ellos le dijeron cuál era su objetivo primordial: castigar al traidor. Él se ofreció, disimulando su verdadera intención bajo un tono de amistad, a darle a beber la droga a la muchacha, de cuyo paradero les dijo que tenía pistas. Ellos le entregaron un frasco junto con una nota para el papá, nota que él debía meter entre la ropa de la chica una vez que ella estuviera inconsciente. Además le aseguraron que ese preparado no

la mataría sino que la pondría un poco loca, nada grave, pero lo suficiente como para que armara un par de escándalos y la encerraran en un siquiátrico. Entonces González decidió que él se tomaría la droga. Así liberaría a María Teresa y quizás también a su padre de sus perseguidores y se libraría él de enfrentar las consecuencias de todo lo que pesaba sobre su conciencia y su corazón. Eso hizo después de ir al banco para avisar que estaba enfermo, que pronto sería internado en el hospital y que autorizaba pagar los gastos correspondientes si llegaba el caso de que no pudiera acudir personalmente. Una vez en su casa destruyó la carta, tiró al fuego los pedazos y salió al anochecer a buscar en las afueras, lejos de su casa, un sitio apartado en donde él mismo se propinó fuertes golpes en la cara uno de los cuales con una piedra en su mano le dejó un ojo negro, luego se estiró y arrastró sobre el barro que la lluvia de la tarde había formado para ensuciar toda su ropa y dejar señas muy irregulares, como si hubiera tenido una terrible pelea: entonces se bebió el preparado, escupiendo el último trago sobre su propia ropa, caminó unos pasos y tambaleándose cayó junto al camino por el cual alcanzó a dar dos o tres pasos...

A la mañana siguiente unos campesinos que llegaban por ese camino lo vieron y creyéndolo muerto fueron a buscar un policía. Esto sucedido, los 'dos amigos' incrementaron la persecución de Ángel por una semana o algo más, hasta su tremenda caída y entrada en el hospital.

Por los días de estos sucesos Sara estaba ya en la Ciudad de regreso de la muerte y sepelio de su madre, pero no supo nada hasta que leyó en el periódico la noticia de la muerte de Ángel Villanueva y decidió ir al entierro. No había buscado a su padre hasta ese momento, ni tenía ninguna idea de su situación. Como no lo vio en la iglesia y sí vio a los 'dos amigos', decidió averiguar por sus propios medios sin preguntarles nada a ellos. Observó al abogado que estuvo pendiente del entierro en el cementerio y que

dejó un vigilante encargado de cuidar el sitio. Lo miró detenidamente pensando cómo y dónde lo buscaría hasta encontrarlo, para pedirle ayuda.

Cuatro meses largos habían pasado desde ese día del sepelio de Ángel Villanueva hasta el regreso del matrimonio Quintana-González a la ciudad.

De momento se hospedaron en una posada y al día siguiente Sara volvió a su trabajo. El abogado Quintana llegó a su oficina y fue recibido amablemente por todos. El portero, en particular le dijo que lo había extrañado mucho... y como Quintana no era amigo de lisonjas le agradeció sencillamente y de inmediato comenzó a revisar todas las notas que quien lo reemplazó había dejado muy ordenadas en una carpeta sobre su escritorio. Eran notas de cuentas pendientes, de hechos relacionados con algunos trámites próximos a dos viudas y sus hijos menores con situaciones económicas difíciles. Al final había un papel doblado en el cual solamente estaba escrito: "Acercarse al hospital siquiátrico 'X'.

Con ese papel en la mano, Quintana preguntó al portero si el reemplazo había ido a ese lugar. El portero le dijo que sí, pero que había vuelto de muy mal humor y solamente había dicho: "Eso que lo haga Quintana. Yo por allá no vuelvo". Preguntado sobre la fecha de ese asunto, el portero pensó un poco y dijo... "eso fue hace poco... por ahí unos diez días".

Quintana salió nuevamente y se fue al siquiátrico.

El médico le dijo que las noticias eran malas. Que el paciente estaba prácticamente muerto porque alguien que lo visitó le debió dar de la misma pócima y, cuando lo encontraron era un vegetal. Que lo venían alimentando artificialmente pero que se necesitaba que, o bien los familiares lo sacaran para un lugar apropiado o una orden para suspender ese alimento pues, evidentemente, podría permanecer así por mucho tiempo y el hospital no se podía hacer

cargo de semejante asunto que estaba completamente por fuera de sus funciones.

Quintana preguntó cuáles eran sus reales pensamientos sobre lo que debería hacerse. Que él colaboraría para que eso se diera.

El médico le dijo que puesto que el paciente no tenía ningún familiar, lo apenas lógico por hacer era suspender un estado de cosas que a nadie beneficiaba. Ni al enfermo ni al personal del hospital ni al país. Retirar los tubos y dejar a la naturaleza que buscara su camino.

Quintana se despidió, prometiendo volver dos días después con una orden para suspender el tratamiento.

Esa tarde misma fue a buscar a Sara para informarle y pedirle que se diculpara con su jefe por el día siguiente, por una 'diligencia relativa a la herencia de su madre y a las deudas de su padre', que ella tenía que firmar.

Cuando la dejó fue al banco para averiguar si había alguna cuenta de donde se pagaba el hospital. Le sorprendió que el propio enfermo era dueño de una cuenta activa de cuyos fondos él había autorizado sus gastos médicos, exactamente el día anterior a la primera dosis de la droga en cuestión. El abogado pensó: "...luego fue él quien se tomó esa primera parte por su propia mano...". Respecto de la segunda, tuvieron que ser los tales 'amigos', temerosos de que Arnulfo se recuperara y los denunciara.

Esa noche los esposos Quintana hablaron de todos los detalles. Él buscó a un amigo penalista para aconsejarse. El penalista le dijo que lo mejor era que él, Quintana en cuanto encargado de esa situación, firmara como responsable para permitir la suspensión de los métodos artificiales de alimentación del enfermo. Sin nombrar a nadie. Puesto que la persona vinculada con el enfermo no le reclamaría nada, no habría problema. Pero si ella quería intervenir,

el peligro estaba en que los autores del segundo episodio se despertaran a buscarla para quitarla de en medio.

Sara aceptó. No podría ni siquiera verlo. Pero Alfonso lo haría en su lugar y estaría ahí con respeto, a la espera de ese último momento. Ella estuvo de acuerdo y decidió buscar en sus recuerdos de infancia las oraciones que hacía en compañía de su madre. Sin duda ellas eran mucho más buenas para el alma de su padre que derramar lágrimas sobre un cuerpo inánime. Se dirigieron juntos a una capilla cercana para rezar y volvieron serenos y tranquilos.

Se cumplieron todos los trámites oficiales. La muerte física total se produjo dos días después de suspendido el alimento. El cuerpo fue entregado a los encargados para esos casos y al día siguiente se publicó la muerte y se indicó el día y la hora del entierro. Solamente asistió Quintana y algunas personas que casualmente estaban en la iglesia a esa hora. Él miró con cuidado pero no vio rastros de los dos que habían asistido en el caso de Villanueva. Después, el cuerpo fue puesto en la tumba y ésta sellada con una piedra que tenía impreso el nombre y las fechas de nacimiento y muerte de Arnulfo González.

Quintana fue al banco para informar y para firmar el cierre de la cuenta de la cual, él como designado para todos los trámites civiles, recibió el exiguo saldo y junto con todos los comprobantes, lo entregó en la oficina gubernamental señalada en estos casos. Los dos autores reales de esas muertes no fueron vistos de nuevo. Ni siquiera quedaron sus nombres. Muchas personas los vieron, tuvieron idea de sus fechorías pero ninguno tuvo pruebas valederas contra ellos. Gracias a la valentía de Ángel ese negocio se frustró. Aparte de las infortunadas muertes de los padres de las dos amigas, no quedaron consecuencias para el futuro de sus descendientes.

Planes de corto y largo plazo

Después de la muerte de su padre, Sara tuvo días difíciles. Fue su esposo el soporte que la sostuvo animosa. También la ilusión de volver a los Troncos cuando Alfonso terminara su compromiso con el gobierno. Pensaban seriamente en buscar un lugar en donde pudieran ubicarse definitivamente cerca de los amigos, quizás no en el mismo municipio pero sí en las cercanías en donde Alfonso pudiera abrir una oficina para prestar servicios como abogado civil a los habitantes de dos o tres pueblos vecinos. Siempre habría asuntos que requirieran un consejo y un respaldo jurídico, asuntos que hasta el momento se resolvían para los clientes con el aumento de costo y de tiempo que les imponían los largos viajes a la Ciudad para visitar a los abogados...

Alfonso Quintana, después de muchas conversaciones con superiores e iguales en el área, llegó a la conclusión de que seis meses más era el lapso apropiado para completar su ciclo como funcionario de tiempo parcial en la Ciudad. Era un plazo suficientemente largo para buscar posibles sucesores, hablarles de la posibilidad, ayudarlos a prepararse y a completar sus conocimientos en todo lo referente a esa clase de servicio al público, antes de presentarlos a las autoridades como candidatos. Lo restante ya no sería su responsabilidad.

De momento, se acercaba el final del año, Clotilde completaría pronto su primer año de vida y había que ir a Los Troncos para celebrarlo alrededor del arbolito y pesebre navideños. Regresarían en Enero a la Ciudad para terminar sus compromisos y enfrentar su cambio definitivo de residencia hacia la mitad del año. En tal perspectiva los momentos distantes se acercaban, las distancias parecían encogerse.

En la mañana del domingo siguiente, Sara escribió una larga carta para todos los amigos Ramírez en la cual exponía los planes de los

Quintanas. Ellos tratarían de llegar a Los Troncos al comienzo de diciembre.

María encargó a su amiga, como respuesta a sus múltiples preguntas, que le buscara algunas láminas para convertirlas en cuadros para adornar la casa. También algún librito con imágenes coloridas para que Clotilde aprendiera a reconocer imágenes de cosas conocidas...

Sara recordaba a María cuando era pequeñita: cuánto disfrutaba hojeando libros con figuras coloreadas... seguía, por lo visto, siendo igual. 'De pronto hasta podría pintar', se le ocurrió y lo dejó en su cabeza como una posibilidad.

Actividades decembrinas

Todos los Ramírez estuvieron muy contentos con la noticia de la próxima visita de los amigos Quintana. El año había sido bueno para la gente y para el campo. Las cosechas se vendieron bien. Mateo y su padre se habían colaborado mucho. Mateo leía con gran soltura y clara comprensión y Francisco entendía de arar la tierra, de segar el trigo, de recoger la papa, de abonar las eras y escoger las semillas para la próxima temporada. Clotilde daba sus primeros pasos, preciosa, vestida con trajecitos regionales de colores que su tía Anatilde le traía cada vez que veía alguno especial para ella. La abuela Carmen era la gran señora, no se le pasaba ningún detalle de cada responsabilidad que asumía. Ella misma quiso arreglar el cuarto de huéspedes para los Quintanas y se preocupó porque tuvieran todas las cosas que pudieran hacerles la vida más alegre. María le había contado que el padre de Sara había muerto y que era mejor abrazarla pero no hablarle al respecto porque fue difícil y ella ni siquiera había podido verlo y sufriría más. María leía para todos en las tardes, durante media hora: a veces un relato de la Biblia, a veces unas páginas de una novela.

Nunca muy largo pero bueno para tener un tema nuevo de conversación, aunque no fuera extensa ni académica.

Así estaban, hacia las cinco de la tarde del día siete de diciembre, cuando los viajeros golpearon a la puerta. Cansados pero muy sonrientes. Fueron abrazos, besos, cariños para esa mujercita bella, y el gusto de estar de nuevo juntos.

En el transcurso del año 1900 el pueblo de Los Troncos había progresado mucho, sobre todo en comunicaciones. Alguien desde la Ciudad descubrió que eran mucho más numerosos los habitantes de los pueblos altos que llegaban a pie, de lo que habían sido en los años anteriores y pensó en establecer un servicio de coches tirados por caballos, no las carretas que jalaban los burros o los bueyes, sino coches para transportar personas en un solo día de viaje. Este servicio, al mediar el año había comenzado a funcionar muy tímidamente, ofreciendo de casa en casa los puestos disponibles para el siguiente viaje, para un máximo de cuatro personas sentadas y un espacio para equipajes, que no podían ser demasiado grandes.

Las personas más acomodadas comenzaron a utilizarlo y el oficio de 'cochero' se estableció entre los hombres del pueblo, sobre todo aquellos que no tenían propiedades ni oficio determinado para ganarse la vida, y los tratantes de caballos llegaron para establecer negocios de compra y venta de tan necesarios animales y también quienes poseían lotes con pastos los adecuaron para hospedarlos y alimentarlos. En diciembre ya se podía contratar con anticipación un coche para un viaje particular.

Los esposos Quintana que no sabían nada de esa facilidad, habían salido de la Ciudad antes del amanecer. Llevaban dos horas de camino a pie, cuando uno de esos coches los alcanzó. El cochero les dijo que traía dos puestos libres y que llegaría a los Troncos entre cuatro y cinco de la tarde. Alfonso y Sara se miraron

asombrados. Él preguntó por el costo y pagó por adelantado. Se subieron contentos de ahorrarse como mínimo tres días de camino cuesta arriba. Durante el trayecto se enteraron del fuerte desarrollo y de las mayores facilidades de la vida gracias a esa industria y a que la gente había aumentado sus necesidades de ir a la Ciudad porque las cosechas habían sido buenas y había más dinero para comprar. De modo que la Ciudad también ganaba con el progreso de los pueblos que habían sido casi ignorados en los años anteriores.

Mientras los recién llegados se instalaban, Carmen dispuso lo necesario para la preparación de la comida. Como faltaba un rato para que la cena llegara a su punto, Sara sacó un paquete especial que traía para Clotilde. Venía envuelto en papel blanco y atado con una cinta de color rosado muy llamativa. Ella se fascinó con la cinta. No sabía nada de regalos. Solamente miraba la cinta brillante. Sara la sentó sobre sus piernas y le ayudó a soltar el nudo de la cinta. María utilizó la cinta a modo de banda para la cintura de Clotilde y la chiquita se reía a carcajadas. Luego siguió quitar el papel, con cuidadito, para que fuera ella la que descubriera lo que venía adentro. Una muñeca grande y dura con pelo amarillo, con un vestido de flores y zapatos con medias. Era lo mejor del género que se podía conseguir en la época y lugar y Clotilde la miró extasiada. Sara le enseñó a abrazarla suavemente, a acariciar su frente y luego a envolverla en una cobija que le había preparado ella misma con retazos de una vieja frazada suya y a ponerla a dormir. La niña instintivamente abrazó a Sara. Con su año de vida, comprendió el afecto de Sara que le había traído esa 'bebita' que, aunque tenía cara de señorita bastante mayor, para la niña estaba bellísima.

María y Sara miraban a Clotilde y recordaban sus juegos de niñas. Entonces María le preguntó qué pensaban ellos de tener un bebé. Sara le dijo que Alfonso pensaba que él sería feliz, pero que estaba

viejo. "Tener cincuenta años es estar viejo para concebir hijos", le había dicho desde antes de casarse. Que si con todo y ese problema llegara un hijo, él se sentiría muy feliz. Luego Sara contó a María que su marido se había decidido por la soltería cuando su padre murió. Él tenía entonces veinticinco años y su madre cuarenta y tres. Eran pobres y él la adoraba y abandonó todo proyecto que pudiera alejarlo de estar a su lado y sostenerla y cuidarla porque tenía una salud precaria. Vivió con su madre por quince años hasta la muerte de ella, hacía diez años.

Cuando logró recuperarse del duelo de su vida, se puso a estudiar derecho para ayudar a la gente a resolver sus problemas, sin meterse en el área de los delitos. Al cabo de dos años ya estaba trabajando en el mismo lugar en donde ellas lo habían conocido y tenía resuelto que continuaría allá hasta que se trasladaran a vivir por esos contornos.

Luego Sara dijo a su amiga que mejor esperaran a que él mismo les contara a todos. Eso podría ser después de comer, o al día siguiente.

María sonrió pensando en eso de la vejez. Su suegro había concebido a Mateo cuando tenía cuarenta y cinco después de vivir casado, sin hijos por veinte años. El señor Ramírez en la actualidad tenía sesenta y ocho años y ahí estaba aprendiendo a trabajar el campo. No. Nunca es tarde para lo que la vida nos puede dar si ponemos de nuestra parte el esfuerzo necesario. "No significa que con certeza porque lo quieres, vas a tener un niño, pero si no existen inconvenientes por allá en el sistema interno de alguno de los dos, seguro que llegará. Así que ánimo y confía. Eso sí, vénganse lo más pronto que puedan. Además, ahora estamos mucho más cerca. Incluso nos podemos ver antes de que ustedes se vengan del todo a vivir por estos lados porque ir en coche es

cosa de solo un día de viaje en cada sentido, más el tiempo de compartir sea aquí o sea allá", dijo y se paró para acostar a la niña.

Clotilde se iba durmiendo en el canto de Sara. María tomó a la niña para llevarla a la cuna. A esa hora solamente le daría un poco de pecho pues la última comida sólida había sido a las cinco de la tarde, según lo acostumbrado.

Sara decidió creer completamente lo que María le había dicho y confiar cada vez que le vinieran dudas, que ella también tendría un bebé, ...'¿un hombrecito?,..o ¿una compañerita para Clotilde?'. Ambos le gustaban mucho, de modo que en adelante estaría alegre y segura de la llegada en un futuro cercano de nuevas y bellas sonrisas.

Después de la cena, Francisco ofreció a todos una copa de oporto y se sentó a esperar las noticias de los amigos. Algo sabía de los proyectos, pero en ese momento quería conocerlos directamente de labios de los involucrados. La charla fue larga y amena. Se propusieron empezar a buscar desde el día siguiente. Casa, oficina, negocios,... a ver qué les resultaría más conveniente y realmente bueno para ellos y para los futuros beneficiados.

Sara y su marido nunca habían hablado de dinero más allá de los gastos cotidianos. Esa noche ella le habló de los ahorros que su madre le había dejado, ahorros que continuaban en el mismo banco como una inversión para que ganara réditos, así fueran pocos. Sara ignoraba el monto actual exacto. Sabía que no era muy alto pero era algo que añadirían a lo que Alfonso recaudara de una y otra parte para el momento de establecerse.

Con una idea aproximada de sus posibilidades, Alfonso Quintana salió temprano el día siguiente con los Ramírez padre e hijo, en plan de mirar y escuchar ofertas y demandas sin hablar mucho. Las

mujeres se quedaron en la casa. A ellas se sumó Anatilde a quien Mateo avisó que la estaban esperando en 'el Alto'.

Anatilde y Carmen prepararon el almuerzo mientras María y Sara se ocupaban del baño y demás quehaceres relacionados con Clotilde. A la una comieron todas pues ese era el acuerdo en la casa. Si los señores no podían llegar a tiempo, se les guardaría su comida 'al rescoldo', para servirles cuando regresaran.

Regresaron casi a las seis de la tarde. Habían encontrado mucho movimiento de gente debido al buen tiempo y a la época navideña que llegaba con elementos nunca antes vistos para adornar las casas y para preparar las comidas de la temporada, dijeron los Ramírez. Quintana permanecía callado. Evidentemente algo le preocupaba. Sara y Carmen se encargaron de calentar la comida y servirles. Anatilde les había dejado un saludo. Se había ido a su casa asegurando que regresaría temprano al otro día.

Preocupaciones

Una vez solos, Alfonso habló a Sara de lo que lo tenía tan pensativo. Ciertamente había encontrado una buena situación para ofrecer su trabajo como abogado civil. Quien le informó fue un colega penalista que estuvo ligado con el asunto de la droga cuando el aviso de Villanueva había dado pistas a los encargados para que descubrieran y detuvieran el negocio. Pues ese abogado le contó que él había hablado con los dos cabecillas antes de saber que ellos eran los que estaban al frente. No había sabido sus nombres pero era buen fisonomista y sus caras se le quedaron grabadas. Eso como un año antes del desenlace. Él pensaba que esos se habían volado para otro país y no supo nada más después de la muerte de Villanueva, hasta algo como un mes antes de salir para el viaje actual, que se encontró en la calle con uno de ellos. El hombre simplemente le dijo que lo estaba esperando para pedirle

un favor. Que cuando hablaron el hombre le dijo que él se había salido de todo ese mundo de los negocios con cosas raras y que quería establecerse tranquilo y dedicarse a vivir honradamente en la región. Esto último por dos razones: la primera él había nacido en un pueblo de las montañas y la segunda, él no perdía la esperanza de encontrar a la hija de Villanueva porque se había enamorado locamente de ella en las dos ocasiones en las cuales pudo verla y no descansaría hasta tenerla al frente para pedirle que se casara con él.

Quintana no le dijo ni una palabra sobre su relación con María. Al contrario le dijo que él había esperado que esa señorita llegara al entierro de su padre pero que nunca apareció. Que había sacado en conclusión que ella habría regresado a Europa de donde sus padres la habían traído siendo bebé y estaría por allá con algunos familiares fueran del padre o de la madre. El abogado penalista aceptó completamente esa explicación y le dijo que si el fulano volvía a aparecer, lo iba a orientar hacia investigar sobre familiares de ella en España, fuere por lo Villanueva o por lo Castañón y que a ellos se dirigiera.

"No es tan grave, me parece, dijo Sara. Yo sí vi a esos hombres en el entierro de Ángel pendientes de mi. Debían saber que las dos éramos muy amigas... a menos que les dé por seguirme a mi otra vez... Lo que toca es que María no se asome a la calle sin su vestido regional y que se tiña el pelo, y que nunca estemos juntas en ningún lugar público, ni siquiera en la puerta de la casa. Un tiempo más y sin duda se cansan o se ponen al descubierto y pueden ser atrapados."...

Luego ella comprendió que Alfonso no estaba muy seguro de su amigo abogado. Él le dijo que había sucedido que los propios empleados del gobierno algunas veces habían sido convertidos en fichas de los mafiosos. Finalmente decidieron que Alfonso hablaría

con su amigo Ramírez para establecer entre ellos una estrategia fácil pero efectiva para evitar suspicacias. Por el momento Sara debía salir a la calle con Carmen y con Anatilde, como si ella fuera la parienta. Que María no saliera hasta que estuvieran seguros de que el abogado no hacía parte de ninguna trampa.

"Además"... dijo Alfonso pensativo, "puede ser verdad lo del enamoramiento... nos podemos equivocar pensando lo peor".

"Sí", dijo Sara, "pero de todos modos, no va a lograr nada si se dirige a María y, eso sí, el rechazo de ella puede despertar malas cosas en él, de modo que lo mejor es evitar, evitar que ese abogado conozca a María. Creo que lo mejor es esperar a ver más claro antes de hablar con ella"... finalmente preguntó: "¿Y el abogado sabe que tu y yo estamos casados?"

"No tiene por qué saberlo pues no hablamos ni una palabra de ti, ni de si yo tenía esposa... eso creo que sigue como era antes de que nos encontráramos. Yo tampoco sé si él es soltero o casado y no me interesa saberlo", contestó Alfonso.

Temprano en la mañana siguiente, Alfonso y Francisco salieron para el pueblo y Sara buscó a María para colaborarle.

A veces sale lo que no se espera

Quintana le contó a su amigo el asunto completo. Para su sorpresa Ramírez no se preocupó. "Las gentes de esos 'negocios perversos' no funcionan así", le dijo dándole un golpe en la espalda. "Mis años en la Patria me permitieron saber del asunto. Veamos si tu amigo abogado anda todavía por el pueblo", dijo y caminaron a paso vivo.

Encontraron al abogado en el mismo lugar del día anterior. Él saludó sonriente a Alfonso y los invitó a acercarse. Rápidamente les entregó el informe de sus averiguaciones. Sabía a ciencia cierta

que el hombre que buscaba a María Teresa Villanueva era un campesino de otra vereda de ese mismo pueblo de Los Troncos. Su nombre, Tobías Cansino. La gente lo conocía y lo apreciaba pero no así a su padre contra quien todos en el pueblo parecían tener un sentimiento común de rechazo, quién sabe por qué antigua razón. Le habían dicho que Tobías se había ido a trabajar a la costa y que por allá pasó casi cuatro años, pero que un buen día regresó porque se le había acabado el trabajo y no quería intentar más por esos lados. Que la familia estaba en plan de emigrar al Sur, lejos, a un lugar llamado 'Pampa', en donde necesitaban agricultores para cultivar trigo, pero que no habían podido vender la propiedad y el viaje era un par de semanas más tarde.

Esa última información fue recogida simultáneamente por los dos amigos. Agradecieron al abogado, tomaron café, y se despidieron muy satisfechos por los informes. Quintana sugirió al penalista antes de retirarse, a modo de confidencia, que él buscaba una propiedad por esos lados para vivir sus últimos años..., pero que de momento no dijera nada porque tenía otras palabreadas. Que él le contaría apenas tuviera más claridad sobre las ventajas y desventajas de las posibles opciones. El abogado solamente sonrió divertido. Ellos salieron.

"Quien nos puede aclarar el asunto es Anatilde, mi cuñada, que sabe todos los chismes de este pueblo de cien años para acá", dijo Francisco. Se encaminaron pues a la casa de Anatilde, esperando que ella no hubiera salido para el Alto.

Anatilde los recibió y ellos sin mayores explicaciones le dijeron que querían saber si ella conocía...

Anatilde les contó que sí. Que ella era amiga de Lucila, la mamá de Tobías, pero no mucho del papá. Que Tobías había sido un buen muchacho pero que un día se aburrió de trabajar con el taita y se fue a buscar en otros sitios. Pasaron tres años y medio y la madre

estaba contenta porque el hijo le mandaba dinero, sagradamente, cada mes. Ella ahorraba todo lo que podía porque se querían ir. El pueblo no le perdonaba al marido que hubiera sido el causante de la muerte del novio que Lucila tenía y que murió como consecuencia de una pelea en la que el marido actual, quien ya la pretendía en ese tiempo, apoyaba al grandulón que dió un golpe muy malo al muchacho y que a consecuencia de ese golpe, el chico murió. Para rematar, ella se casó con ese hombre menos de un mes después de muerto su novio. Todos adivinaron que la causa era que ella estaba embarazada de quien murió y no quiso esperar un hijo como 'madre soltera', en ese tiempo en donde eso era un desprestigio tremendo para las familias. Por eso a ella le perdonaron, pero no al marido. Así que Tobías no era hijo de su taita. Anatilde pensaba que el muchacho no lo sabía.

Quintana le preguntó que qué pasaría si él compraba esa finca. Ella dijo que eso sería muy 'güeno', pero que hiciera el 'nigocio' en otra parte que podía ser la Ciudad para que ellos se pudieran ir en paz y no los atormentaran antes del día del viaje. Un hermano de Lucila ya estaba por allá en la 'tal pampa' y les escribía diciéndoles que ya los había anotado y que iba a separarles una casa de las nuevas que estaban construyendo, porque era un pueblo lo que querían armar con gente del campo de por allá y de toda la cordillera, para cultivos inmensos de trigo y también de papa.

Entonces, Anatilde les propuso que 'jueran' todos a ver la 'jinca de los Cansino' y que ahí se ponían de acuerdo, si les gustaba.

Más que un acuerdo

La finca era linda. Muy bien mantenida. La casa vieja y pequeña, muy limpia y habitable. El campo más o menos de una extensión comparable a la de los Ramírez, sembrado ya con el trigo que se recogería al comienzo del verano. El costo muy moderado.

Quintana no lo dudó ni un momento. Habló con el dueño y acordaron ir madrugados a la Ciudad el día siguiente, para hacer el negocio. Le indicó los papeles que debía conseguir sin decir a nadie para qué necesitaba esos papeles. Él le pagaría allá en la moneda que le resultara mejor según las condiciones del viaje y de quienes los esperaban. El hombre, muy correcto, se comprometió y agradeció a Anatilde por su ayuda. Al final dijo, hablando con Quintana en voz baja que todos escucharon: "Esto me dice que no soy tan malo como la gente piensa. Si lo fuera no habría venido usted hasta aquí. Realmente cargo sobre mis espaldas un crimen que no cometí ni deseé en ningún momento".

En ese acuerdo, Francisco ofreció ir a comprar los puestos para el primer coche del día siguiente. Compraría tres, porque él quería acompañarlos. Quedaron citados en el lugar de salida del transporte, y se despidieron.

Por el camino, Anatilde les indicó un hombre que venía hacia la casa que habían dejado: "Ese es Tobías, el hijo de Lucila", dijo. Se va a poner contento, aunque creo que Lucila no va a decirle nada hasta que el 'nigocio' esté hecho. Ella es 'supestisosa'.

Cuando el hombre llegó y paró para saludarlos, enseguida se reconocieron. El joven saludó: "Buenos días abogado". Quintana le contestó y le dijo que quería hablar un poco con él. Entonces Anatilde les dijo que por qué no iban hasta su casa y se quedaban ahí hablando, porque ella quería seguir de una vez para el Alto. Ramírez dijo que él seguiría con Anatilde.

En poco más de media hora Quintana pudo descifrar exactamente todo el secreto y aparente misterio de los hechos y razones que terminaron en las desafortunadas muertes de Ángel Villanueva y de Arnulfo González.

Relato de Tobías

Tobías contó al abogado Quintana los hechos de su aventura en el orden que ellos tenían en sus recuerdos.

Su padre había sido cariñoso con él, solamente mientras fue un niño pequeño. Cuando tuvo ocho años, ese cariño había desaparecido y su padre solamente le daba órdenes y revisaba sus tareas escolares y lo regañaba cuando la maestra tenía quejas. Todo se puso peor cuando salió de la escuela y comenzó a trabajar, por ahí a los doce o trece años. Entonces Tobías habló con su madre y le advirtió que apenas tuviera ahorros suficientes pensaba irse a la costa para aprender a trabajar en las muchas cosas que había para hacer allá, sobre todo en el puerto. Unos jóvenes que habían venido de vacaciones trabajaban allá y les contaron que siempre había buen trabajo y bien pagado. Tenía dieciséis años cuando pudo irse. Dos meses después mandó el primer dinerito a su madre. Ella lo guardaba religiosamente, pero él no lo sabía, porque lo enviaba para ella, para que se diera gustos. Así siguió mes a mes, trabajando fundamentalmente en carga y descarga de barcos. Cuando llevaba un año, un día vió bajar de un barco un hombre que le hizo señas. Él se acercó y el hombre le dijo que le ayudara con una carga que acababa de llegarle, que le pagaría bien. Tobías creyó al comienzo que el hombre había llegado en el barco. Luego se dio cuenta de que no. Él estaba ahí preguntando por una carga que le habían enviado de algún puerto en China o Japón. Habían localizado la carga y el hombre le dijo que lo llamara 'señor Juan', solamente eso. Además le dijo que a él, a Tobías él le diría 'señor Nel' y así sería siempre que trabajara para él. Que no le gustaban los apellidos porque siempre se le olvidaban, y que lo mejor era un nombre fijo y corto.

Tobías, como 'señor Nel', siguiendo y observando a su patrón se dio cuenta de que el señor Juan hablaba bien otras lenguas. Por lo

menos dos aparte del español. Además ellos, Juan y Nel tenían la misma altura y hasta podrían resultar parecidos por el color de la piel y del pelo. El señor Juan le dio ropa de trabajo muy parecida a la que él usaba y todo eso lo hizo sentirse bien, porque no tenía que comprarse ropa y le alcanzaba mejor el pago. Durante un tiempo Juan le encargó solamente que vigilara la carga en el muelle mientras él conseguía los permisos y el transporte necesario para sacarla, porque era una carga delicada. Era para una empresa de medicamentos y tenía que ser tratada con mucho cuidado. Finalmente la carga fue transportada a una bodega particular que había sido tomada en arriendo por seis meses, por el señor Juan.

Tobías pensó que se acababa ese trabajo y estaba listo para volver a sus métodos de búsqueda, anteriores al señor Juan, cuando él le dijo que necesitaba que lo acompañara a la Ciudad Capital porque era allá en donde se estaba formando el grupo de gente de dinero que iba a crear la empresa y a comprar la carga.

En la Ciudad, Nel debía acompañar siempre al señor Juan y apoyarlo en todas sus operaciones cerca de los socios. Y ahí fue un año, yendo semanalmente a la reunión en la casa del señor Villanueva que había quedado viudo y vivía con su hija, una jovencita de unos quince años, de quien él, Tobías, se enamoró locamente desde que la vio en la primera reunión. Soñaba siempre con ella y ansiaba verla, pero ella solamente apareció una vez más y nunca volvió a la sala cuando estaban reunidos. Él en su enamoramiento no se daba mucha cuenta de lo que hablaba el señor Juan. Solo hacía señas de aprobación cuando él lo miraba. Fue entonces que el señor Villanueva apareció por los lados de la oficina en donde estaba inscrita la carga y registrado el grupo de personas que formarían la empresa. Eso no le gustó al señor Juan, quien a la segunda vez que le dijeron que Villanueva había estado por allá se disgustó mucho y le dijo a 'Nel' que ese hombre quería quedarse él solo con toda la empresa y que eso no se podía

permitir. "A mi me pareció raro porque el señor Villanueva no parecía ese tipo de persona", dijo Tobías.

Lo cierto es que un día Nel vió salir a Villanueva casi corriendo de la oficina cuando Juan y él entraban. Juan tomó a Nel del brazo y le dijo que tocaba perderse por un par de días hasta que lograran entre los dos atrapar a ese traidor o por lo menos a su hija. En ese momento Nel se propuso que dedicaría su energía completa a proteger a la niña que era el amor de su vida, aunque tuviera que morir por salvarla a ella. Entendió que no podría contradecir a su patrón sino aparentar llevarle la idea, mientras buscaba cómo preparar un escondite para su amada. Pero no fue necesario. Ella desapareció. Entonces Juan y Nel comenzaron a perseguir físicamente al señor Villanueva para que pagara las pérdidas del negocio o para que les entregara a su hija. En una de esas persecuciones fue cuando él tropezó y cayó de frente sobre un filo de cemento y ahí, prácticamente se murió. A los ocho días fue el entierro y nosotros estuvimos pendientes de si llegaba la hija, pero no llegó.

Además el negocio se dañó completamente, la mayor parte de los socios se fueron del país y el señor González se puso furioso y amenazó con denunciar a los organizadores y tramposos líderes del negocio, el señor Juan y el señor Nel. El señor Juan le propuso que le daría la mitad del dinero recaudado si él se comprometía a conseguir a la hija de Villanueva y tenerla engañada de alguna forma en un lugar que iba a señalarle. Ahí fue donde Nel supo que el señor Juan quería dar de la tal droga a la chica para vengarse del padre. El señor González se ofreció a dársela él mismo y Juan le entregó el frasco. Lo siguiente fue que González se volvió loco y fue encerrado en un manicomio... , que el señor Juan fue a visitarlo con un trago preparado que le hizo tomar...y todo lo demás que el abogado Quintana sabe porque era el encargado por el gobierno para esa clase de trámites. Finalmente dijo:

"El señor Juan desapareció de mi vida, no llegó a la iglesia para el entierro, en donde habíamos quedado de encontrarnos.. No lo volví a ver y entonces decidí buscarlo a usted, pero me encontré con el otro abogado, el que quería meternos en la cárcel. A él le dije de mi amor por esa niña y que yo era de por estos lados..."

Quintana le dijo que él sabía que la niña Villanueva estaba felizmente casada en su tierra, con un español, como ella. Que él siguiera su vida adelante. Además le contó lo relativo a la compra de la finca de su padre que él haría al día siguiente en la Ciudad. Que no dijera a nadie que sabía eso antes de que su madre le contara y le recomendó que se fuera con ellos para el Sur, asegurándole que su padre cambiaría si él se lo conquistaba.

Tobías, con los ojos húmedos, le dijo que era una buena noticia saber que esa niña que él adoraba estaba feliz. Que gracias y que claro que se iba con sus padres para hacer una vida nueva, lejos de negocios grandes y rápidos y de esas cargas muy especiales de los barcos...

Después de esta importante comunicación Quintana y Tobías se despidieron. Tobías prometió escribir cuando estuvieran en las tierras sureñas y pudiera contarle detalles del viaje y de lo que encontraran allá. Quintana lo abrazó y le recomendó que cuidara especialmente a su madre. Que los recuerdos a veces producen tristezas en los mayores pero que si hay amor cerca, esas tristezas se superan con facilidad.

Salieron de la casa, cerraron bien y cada uno tomó para su lado.

Cuando Alfonso llegó, el almuerzo iba a servirse. Sara vio en la expresión tranquila y sonriente de su esposo, que los problemas y temores estaban superados. Ni Francisco ni Anatilde habían hablado del plan de compra. Quintana los animó a almorzar bien

porque tenía noticias muy fuertes para todos. No se fueran a desmayar, añadió al final.

Una vez en el jardín, comenzaron a hablar los viejos, turnándose y evitando cuidadosamente mencionar lo que pudiera preocupar a Carmen, a Mateo y a María en relación con el relato del día anterior que el abogado penalista había hecho a Quintana.

Hablaron de la noticia que ese otro abogado les comunicó de un campo que vendía una familia en otra vereda. De Anatilde quien los acompañó a verlo y, estando presente afirmaba lo que ellos decían, de la conferencia con los Cansino y de la decisión de compra que Quintana tomó, pensando en que si pasado un tiempo no era el mejor sitio para ellos, sería fácil vender, ya sin esa actitud en contra que mucha gente tenía, debida al antagonismo hacia su dueño actual. Lo cierto es que era urgente hacerlo para que el proyecto de la familia de Tobías de emigrar al Sur pudiera realizarse. Todos salían ganando y a la vez, prestaban un verdadero favor a esas personas. Quintana repitió para todos las palabras finales del señor Cansino.

Finalmente anunció que la compra se haría en la Ciudad al día siguiente y les pidió que no hablaran de ello hasta que el vendedor y su familia estuvieran lejos. Nadie dijo ni una palabra sobre la identificación de Tobías como participante en el asunto de la droga ni sobre su amor por María.

María se alegró mucho con la noticia de que Alfonso y Sara serían dueños de una propiedad cercana. Habría tiempo para verla, cuando todos los trámites y movimientos se hubieran cumplido, y los amigos pudieran instalarse en esa propiedad.

Los dos días siguientes fueron tranquilos. Mateo habló de su deseo y posibilidad de comprar un coche para ellos. Había que pensar en todo lo que eso significaba de ventajas y también de nuevos

cuidados, costos y aprendizajes. Las damas estuvieron firmes en que sería muy bueno, sobre todo porque iban a tener amigos a quienes visitar. Además la posibilidad de salir a buscar un médico en momentos de urgencia, aun en horas de la noche.

Al anochecer del segundo día, los viajeros llegaron tranquilos. Una vez todos reunidos, expresaron que la misión se había cumplido. Que la familia Cansino había pagado todo lo que debían pagar antes de salir, para que los organizadores, en el destino, confirmaran la adjudicación de la casa para ellos. Quintana como abogado para ese tipo de asuntos, se cercioró de la realidad del proyecto. Les habían quedado fondos para lo que pudiera presentarse en un viaje tan largo. Calculaban un mínimo de un mes como el tiempo necesario para llegar al punto en donde los recogerían coches grandes para las últimas tres jornadas.. Así que en dos meses tendrían la confirmación de esa llegada. No antes. Pero estaban optimistas de que todo saldría bien.

El viaje era por arriba. No pasarían por la Ciudad sino avanzarían sobre la cordillera por el 'camino del General San Martín', de cuyo trazo ninguno tenía una idea clara. Quintana le pidió a Sara que tuviera cuidado cuando alguien llamara a la puerta para que María no fuera vista. Porque él pensaba que la familia vendría a despedirse.

Así fue: una tarde, ya anocheciendo, el matrimonio Cansino llegó a decir gracias y adiós. Además les entregó una nota de Tobías que decía: "Gracias a los amigos que Dios nos dio en estos últimos días. Les escribiremos". Tobías.

Se despidieron con abrazos, dejaron las llaves de los candados y se fueron sin alertar a nadie en el pueblo. Anatilde y Lucila ya se habían despedido un par de días antes.

Quintana había avisado en su oficina, el día del negocio del campo, que tardaría quince días más en llegar, por razones de apoyo jurídico y acompañamiento a una familia que estaba en circunstancias difíciles y debía salir de la región en ese lapso.

Así, después de dos días de la salida de los Cansino, los nuevos dueños de la propiedad y sus allegados fueron a pie hasta el lugar para tomar posesión de él. Sara se emocionó mucho. Le parecía increíble tener un hogar propio en un lugar tan bello. Pensaron en un nombre.. "Paraíso", "El Cielo", "La Belleza"... etc... y lo dejaron en suspenso por quince días para escuchar opiniones y sugerencias.

Finalmente, se acabaron los días de vacaciones que el matrimonio Quintana había logrado, y ellos se fueron a finiquitar su vida citadina en cinco meses de trabajo. Al regreso traerían un lindo aviso "El Retiro", para fijarlo en la entrada de su hacienda.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

Motivos y movimientos

Cambios de vida

Sara había sido siempre citadina. No tenía memoria de vida en el campo, salvo algunas cortas salidas familiares en vacaciones y las caminatas en grupo por los alrededores con amigos adolescentes pero no más.

Había vivido un tremendo cambio durante el corto tiempo que vivió su madre después del viaje que hicieron juntas en esa especie de ataque de angustia que llevó a la madre a morir en una ciudad costera desconocida para ambas, en donde ella, la hija, enfrentó el hecho y se hizo cargo de todo hasta que vio poner la loza con el nombre y las fechas de nacimiento y muerte de su amada progenitora sobre la tumba del cementerio parroquial tranquilo, en el cual sus restos quedaron en reposo.

Sara sabía rezar algunas oraciones, pero no tenía ningún sentimiento de atracción por visitar tumbas ni por pensar en cuerpos escondidos bajo tierra. Esa práctica no había entrado en su educación, sin duda por el hecho de que sus padres se habían instalado en esas tierras lejanas de su propia patria siendo adultos, sin ningún familiar vivo ni muerto en ellas. Ese había sido un cambio de gran intensidad pero corta duración en la vida de Sara.

La figura del abogado que había estado al frente del entierro del padre de María, recordó a Sara a su propio padre en sus días mejores, anteriores a todo el asunto del negocio del grupo y de los Villanueva. Sin pensarlo, desde ese día, ella puso en Quintana la confianza que de niña había depositado siempre en su padre y, movida por ese sentimiento, encontró la forma de localizarlo sin preguntar explícitamente a nadie, porque desconfiaba de todos.

Alfonso, por su parte, miró a la joven no como una niña indefensa sino como una mujer joven que, a pesar de los sufrimientos, había enfrentado sola y alejada de todos los conocidos, el golpe y los deberes relacionados con la muerte de su madre. El proceso de estudiar las formas de reunir a esas amigas en un mundo que parecía invadido por extraños y solapados enemigos, puso rápidamente en limpio para él que podía confiar en la verdad de Sara. Ella no podría jamás maquinar ningún mal para su amiga, porque la quería de veras como si fuera su hermanita menor. Los días de espera de la respuesta de María permitiendo que Sara conociera su ubicación y viajara a visitarla, simplemente dieron lugar al nacimiento del amor entre Alfonso y Sara, pese a la diferencia de sus edades.

En un solo año, las perspectivas habían cambiado y Sara se preparaba para instalarse definitivamente en 'El Retiro', con su muy amado esposo quien estaba en plan de abandonar la mayor parte de su trabajo actual, conservando tan solo la disposición abierta de ayuda jurídica a quien pudiera necesitarla, no ya en la ciudad sino entre los habitantes del campo. Ella también pensaba buscar un quehacer de servicio a su lado.

Poco a poco fueron escogiendo lo que llevarían a 'El Retiro' y lo que no. Varias cajas y cestas se llenaron. Los libros eran un elemento fundamental. Ambos habían visto con qué cuidado María utilizaba y enseguida volvía a su sitio los seis libros que constituían el total de su biblioteca. El viejo Ramírez había llevado algunos libros suyos, todos relacionados con el mundo del comercio y Mateo solía comprar manuales y revistas de temas agrícolas. Ahora importaba Clotilde y aumentar las novelas para Sara y María y si Carmen les tomaba el gusto, pues también para ella. De todos modos necesitaban más libros y había que aprovechar la coyuntura de ese trasteo para el cual contratarían un transporte especial. Con este acuerdo, Sara dedicó sus ratos libres a

buscar ventas de libros usados. No había muchas, pero en ellas descubrió traducciones de obras de Jane Austen, de Dickens, de Stevenson, de las hermanas Bronté, de Verne y también de Cuentos de Hadas, ilustrados con bonitas imágenes y de diferentes procedencias.

Sara, por su parte sentía deseos de intentar con la pintura de cuadros. El gran problema era el relacionado con las pinturas. Preguntando encontró las 'acuarelas', de las cuales no sabía nada, pero tenían en su favor que no pesaban mucho pues se conseguían en polvo. Resolvió gastar una parte de sus ahorros en lo necesario: los polvos de colores, los pinceles, un manual de cómo prepararlas y otro de guía para pintar con ellas. Finalmente unos pliegos de diferentes tamaños de papel apropiado para esas pinturas. Todo esto lo eligió después de hacer un ensayo en un trozo pequeño de papel y de haber comprado solo una onza de cada uno de los tres colores fundamentales. Estos materiales, sobre todo el papel, eran costosos porque eran siempre importados de Europa. Sara tenía esa ilusión y estaba resuelta a trabajar en ese arte, hasta lograr algo, aunque no fuera muy bueno, pero que alegrara el cuarto de Clotilde.

Además, Sara pensaba que María podría tener más capacidades que ella, porque desde niña amaba mirar las imágenes de los libros con un detalle más fino que otros niños y niñas que Sara había conocido. Así que gastó todo lo que tenía presupuestado en ello y lo empacó cuidadosamente en una caja especialmente protegida de la humedad y que llevaría cerca de ella para evitar que por algún descuido se mojara.

Alfonso se despidió de todas las personas de su oficina tres días antes del viaje. Buscó además al amigo penalista con quien se había visto en Los Troncos y le contó a grandes rasgos lo referente a la compra de la propiedad y al viaje de la familia del antiguo

'señor Nel' hacia el Sur del continente. Se despidieron en los mejores términos. Dejó además su dirección en el Departamento del Gobierno para que lo pudieran localizar fácilmente si lo necesitaban.

En esos últimos días, Sara y Alfonso terminaron los preparativos del viaje. Alfonso contrató con un cochero cuyo vehículo era más amplio de lo común, quien los visitó para calcular el espacio y el peso y se comprometió a llevarlos con todas sus cosas por una suma equivalente al transporte de seis personas. Mandaron una nota a Ramírez diciéndole que irían directamente al Retiro, por razón de la carga que llevaban y que luego se verían.

Alfonso había dejado aviso a la señora que le arrendaba el apartamento. Si ella quería ir la noche anterior para entregarle la llave o si no, que la dejaría con el vecino. La dueña llegó muy puntual esa noche y se fue con su llave. Ellos cerrarían la puerta y le pondrían el candado después de salir, cuando hubieran sacado todas sus cosas.

Muy a las cinco de la madrugada, arrancó el coche. Así se inició el cambio de vida con perspectivas de grandes novedades y mayor duración, de esa pareja tan particular...

En 'el Alto' se había recibido una carta con noticias, casi cuatro meses después de la partida de la familia Cansino. contaban que habían llegado fatigados por el largo viaje pero tuvieron que empezar enseguida con la preparación de la tierra para sembrar el trigo antes de que comenzara a nevar, porque allá nevaba mucho en Junio y Julio. Que estaban bien. Tenían una casa pequeña y nueva. El caserío estaba relativamente cerca de una ciudad no muy grande en donde había buen comercio.

Seguían muy agradecidos, particularmente con el abogado Quintana que les había ayudado tanto. Especialmente con el favor

de conseguirles que les cambiaran sus dineros a la moneda de allá antes de irse. Muchos no lo habían hecho y tenían que comprar muy cara la moneda extranjera con los ahorros que llevaban. Se notaban contentos. Habían encontrado bien al hermano de Lucila con su familia. Era muy agradable tener familiares cercanos en un cambio de vida tan fuerte. De los demás compañeros no decían mucho. Solamente hablaban un poco de la forma de sembrar el trigo y de los tiempos en que se debía esperar la cosecha. Tobías en un renglón al final prometía al abogado que pronto le escribiría muy largo.

Recibimiento y adaptación

Alfonso y Sara Quintana fueron recibidos por todos los amigos en 'El Retiro'. Todos los Ramírez, incluida Clotilde, se habían trasladado desde El Alto apenas pasado el almuerzo. En el pueblo recogieron a Anatilde y llegaron animosos a arreglar, limpiar y cocinar. La habitación del matrimonio estaba prácticamente completa pues los Cansino no se habían llevado todas las sábanas y frazadas y las que dejaron estaban limpias y bien resguardadas del polvo. Así los dueños encontraron hasta la cama lista. En la cocina había una mesa con tres sillas y dos butacas. Carmen había traído para esa noche platos y demás utensilios. Importaba que pudieran comer bien sin tener que desempacar todo para encontrar un vaso o una cuchara.

Larga fue la charla. Anatilde, aconsejada por Francisco había contado a una de sus muchas amigas que un abogado de la ciudad amigo de su cuñado, había comprado esa propiedad y que pensaba pasarse a vivir en ella con su esposa. Esa información sola fue suficiente para calmar las expectativas de la curiosidad entre divertida y malsana de los pobladores más o menos resentidos con el hombre Cansino. Sirvió mucho a favor, la idea de tener un abogado cerca. Finalmente los del Alto se despidieron después de

quedar en que al día siguiente esperarían a los Quintana para el almuerzo.

Alfonso y Sara estaban cansados y agradecieron mucho la cena y la cama lista. Durmieron hasta que el sol los despertó ya alto en el cielo. De una vez comenzaron a sacar cosas y darles un lugar, hasta terminar. Todo lo que no tenía un sitio apropiado iba quedando a la espera en la alcoba pequeña. Por el primer día se concentraron en la cocina-comedor y en la ropa de ellos para la cual existía un armario amplio en su cuarto.

Anotaron como primera cuestión grande, la reforma del baño. El que existía se podía usar pero estaba muy atrasado en comodidades de higiene y de luz. Quintana recordaba muy bien al experto que construyó el baño de la casa nueva de los Ramírez y se propuso preguntar a Anatilde en dónde vivía ese señor.

Antes de salir fijaron el nombre de la propiedad sobre el frente de la casa. Lo miraron desde el camino y les gustó mucho.

Sara sacó los libros para niños y un par de novelas y con eso y una botella de licor que cargaba Alfonso llegaron a la casa de los amigos. La caminata a buen paso entre las dos casas, si no se detenían en el pueblo, era de veinte minutos. No podían decir que se trataba de una gran distancia. Tenía la ventaja de obligarlos a moverse un poco.

Como verdadera novedad en el Alto encontraron que Mateo había comprado un coche y dos caballos y que había ampliado la porción del terreno cerca de la casa que era el espacio del burro y la carreta, para añadir el coche y los dos caballos, más una pesebrera bajo techo para el alimento y el agua, y había cercado un lote grande detrás de los sembrados para soltarlos y que se movieran con libertad. Mateo iba adquiriendo el porte de un hacendado

maduro y siempre sencillo, culto y trabajador. Ramírez lo miraba y se sentía muy orgulloso de su hijo.

Ayudándose cuando tenían un programa pesado, planeando el trabajo, tratando de no perder esfuerzos, los tres matrimonios comenzaron a interactuar ágilmente en procura de logros físicos y productivos en las propiedades y físicos y mentales en sus integrantes, logros que incluían a las dos señoritas 'tilde' Ana y Clo.

La mayor inclusión fue una gran sorpresa para todos: Primero Sara y quince días después, María, supieron de nuevos integrantes del grupo que se habían puesto en el camino y a quienes les tomaría nueve meses llegar.

Alfonso Quintana literalmente rejuveneció con la perspectiva de ser padre. Pasó los quince días siguientes a la noticia buscando y leyendo sobre los cuidados que debía tener Sara durante la gestación, en pequeños manuales de consejos para las parejas jóvenes que consiguió en el pueblo. Después tomó en arriendo una oficina, compartida con un contable, en donde puso un aviso de ofrecimiento de sus servicios en 'Asesoría Jurídica Civil' en un horario fijo de tres horas diarias: 'de nueve a doce del día', de lunes a viernes. Esperaba usar las tardes para aprender las cuestiones del campo y atender en su parcela algunas siembras. Ellos deseaban tener un jardín, un huerto de frutas y un solar para cultivar legumbres. Una vez escogidos y marcados esos terrenos, en el resto quizás sembraría papa o maíz. Ese sería el último paso.

Una carta desde la pampa

Tobías cumplió. Alfonso recibió una larga carta con noticias buenas, regulares y, algunas si no malas, por lo menos extrañas.

Curiosamente, aunque no había tenido educación formal aparte de tres años de primaria, Tobías escribía bien. Mejor que sus padres.

En el sobre llegaron dos cartas: una de una página para todos y otra de casi cuatro páginas solamente para él.

En la general contaba que se había casado con matrimonio civil con una chica muy tierna llamada Dalia Yáñez y que tenían una casa para ellos. La pagaban mes a mes, con una parte del salario de él, como si fuera un arriendo. El clima le sentaba un poco mal a Dalia pero tenían ayuda médica y se iba poniendo más fuerte. Por lo demás era bueno estar allá con trabajo y pago seguro. Enviaba abrazos para todos.

La carta para Alfonso incluía un recorte de un diario con una fotografía un poco borrosa y cuatro renglones en los que informaba que un delincuente, traficante de sustancias tóxicas había sido encontrado muerto como consecuencia de múltiples heridas producidas con 'dos' armas del tipo cuchillo, en las afueras de un puerto importante de ese país. Al mirarlo Alfonso pidió a Sara que hiciera lo mismo y después hablaban del asunto. Sara lo miró y se estremeció. Era sin duda el 'otro' de 'los dos amigos' que ella tenía bien grabados en su memoria.

Tobías decía a continuación que Dalia había llegado a donde ellos estaban después de haber sido recogida en el camino por una buena mujer que viajaba con su marido para el programa de la siembra del trigo y que la habían declarado como una hija un poco retardada, para que las autoridades no se opusieran. Además, a la llegada, Dalia estaba en un estado terrible de desasosiego y muy débil. Ella no recordaba nada, sino que alguien la había secuestrado y que cuando despertó estaba sangrando... en un matorral a la orilla de un camino. Que por ese camino pasaron las carretas con los inmigrantes y que ella pidió ayuda apenas vio a una mujer mayor que la miró con bondad.

Luego cuenta Tobías a su 'querido abogado' que cuando él la conoció tuvo la impresión de que esa chica se estaba muriendo.

Ella le había dicho que todavía tenía fuerzas, pero que no podía volver con sus padres. Era preferible que ellos sufrieran sin saber en dónde estaba a que la encontraran y se dieran cuenta de todo lo que le había pasado. Eso les arruinaría completamente la vida a ellos, a ella y a cualquiera que estuviera con ella y que sus dos hermanos mayores iniciarían una guerra a muerte con el apoyo de su padre. Entonces Tobías, sabiendo lo del matrimonio civil que podían contraer frente a un juez, ahí mismo en las oficinas del caserío, le propuso que se casaran y que así él podía llevarla con un médico y cuidarla hasta que estuviera bien. Que después, se podrían divorciar, pero que él quería ayudarle. Y eso hicieron tres días después cuando llegó el juez de paz. Ella le había dicho que ese nombre -Dalia Yáñez-no era su nombre verdadero y que no se lo decía para protegerlo porque su padre era terriblemente desconfiado y siempre repetía que mataría a quien se metiera con su hija, y a ella también, sin no era con el hombre que él aprobara, de acuerdo con las normas de su encumbrado grupo, porque él era un hombre poderoso y muy rico. Por eso se casaron con nombres inventados.

Tobías continuaba su carta refiriendo que sus padres estuvieron muy asombrados cuando él llegó casado con ella y les pidió que les permitieran estar ahí mientras les entregaban la casa que ya tenían asignada. Sus padres expresaron que respetaban lo que él había hecho y además Dalia les parecía una buena joven, aunque se notaba que estaba enferma. Además permitieron que ella compartiera el cuarto con él. Él no les contó la historia completa, sino que quería llevarla al médico y ayudarla de verdad porque los papás eran muy viejos.

Aquí le decía a Alfonso que pensaba en que esa habría sido la suerte de la niña de quien él sabía... y que por eso sintió como un deber tomar a su cargo la protección de esta víctima inocente...

Dalia estaba mejor, pero el médico no era todavía completamente optimista. El tratamiento duraría por lo menos unos tres meses de los cuales habían pasado seis semanas. Al final, si ella no se agravaba antes, volverían para un nuevo examen y entonces se pasarían a la casa que ya tenían disponible pero que por el momento estaba vacía porque ambos necesitaban de la ayuda de la mamá Lucila mientras Dalia podía moverse normalmente. Él pasaba todos los días por la casa y conversaba con los vecinos. Todos sabían que su esposa se recuperaba de una enfermedad muy fuerte que le llegó con el cambio de clima...

Tobías decía que él no había mostrado a Dalia la foto del periódico porque seguro se horrorizaría. Estaba seguro de que ése y no otro, había sido el autor de tal maldad.

Después se despedía ilusionado con la recuperación de su esposa y prometía escribir al cabo del plazo y nueva visita al médico.

"Buen muchacho ese Tobías. Creo que no logró el matrimonio con María porque estaba destinado a ayudar a esta chica que está en tan duras condiciones. Pienso que tendrán una buena vida en paz y con trabajo honesto", comentó Sara.

Alfonso también lo pensó. Guardó el pedazo de periódico para enseñárselo al abogado penalista en el siguiente viaje que hiciera a la Ciudad. Metió la carta dirigida a él, que venía sin firma ni remitente, entre sus papeles de abogado. Solo dejó la más corta que venía firmada y era para todos. De momento la metió en su bolsillo con la intención de llevarla y leerla en el Alto. Después ocuparía su lugar en el cajón de las cartas de familiares y amigos.

Crecimiento de las familias

Quintanas y Ramírez decidieron hablar de los próximos nacimientos y de las necesidades mutuas que podían optimizar si

las llegadas de los pequeños viajeros se producían todas en el mismo lugar.

Carmen fue la principal promotora de un traslado provisional de los señores Quintana a la casa del Alto, pues era Sara la primera que llegaría al término del embarazo, y lo mejor para la tranquilidad de todos sería que ella estuviera allá. El cuarto de huéspedes estaba disponible y ahí se podrían ubicar los tres Quintana. Carmen, insistía en que lo hicieran antes de que el bebé que comenzara a dar fuertes señales de llegada. Eso significaba en un plazo máximo de dos semanas.

Así que se fueron como huéspedes y dejaron su casa bien cerrada. Alfonso pasaría todos los días a dar una vuelta y revisar los sembrados. Mateo lo acompañaría de vez en cuando.

Llegó el día, apareció la señora Marujita muy puntual y Sara trajo al mundo una niña linda, como ella. Fue una emoción inmensa para todos. Cuando Clotilde escuchó que un bebé lloraba se preocupó muchísimo. Ella quería ir a verlo. Al final cuando María la llevó de la mano, la niña tocó con sus dedos los dedos de la bebita para quien tenían listo el nombre de 'Amelia', el mismo de la madre de Alfonso.

Alfonso lloró de emoción cuando le entregaron a su hija para que la cargara un momento. Enseguida se la entregó a Sara porque le parecía que él podría apretarla mucho. Todos se rieron. Así comenzó la expansión. Pasaron suavemente los primeros ocho días. Amelia estaba bien. Lloraba poco y dormía mucho. Sara estaba feliz y Alfonso parecía hechizado.

Llegó el día del pequeño Carlos. Casi sin previo aviso. La señora Marujita alcanzó a llegar apenas en el momento decisivo. Diez minutos después María entregó un muchachote quien rápidamente comenzó a ejercer su poder a gritos. Clotilde trataba de calmarlo

con palmaditas pero no lo lograba así que ella pronto prefirió visitar a Amelia que era más calmada y más chiquitica.

Los cuarenta días de cuidados de las dos madres, se convirtieron en un total de dos meses de la Gran Familia. Fue un tiempo inolvidable para todos. Anatilde no salía de la cocina pensando en las dos señoras que tenían que alimentarse apropiadamente y entre Carmen y ella, rechazaron totalmente la propuesta de Alfonso de conseguir una ayudante para el trajín de los pañales.

Como todo pasa, Estas 'vacaciones' dedicadas al crecimiento familiar, también llegaron a su fin. Anatilde buscó y recomendó a Rosa Martínez, una joven del campo para que ayudara a Sara en la casa. Rosa tenía dieciocho años, había sido la mayor de seis hermanos, siempre trabajadora y avispada, sabía de cuidar niños además de cocinar y atender la ropa. Con ella en la casa, Sara se sentía muy acompañada mientras Alfonso estaba en su trabajo. En los ratos libres, Rosa mejoraba su lectura, practicaba la escritura y aprendía algo de números y también de plantas y animales en libros que Alfonso le facilitaba. Al atardecer Rosa volvía a su casa, que no estaba lejos. Solamente se quedaba a dormir en 'El Retiro' cuando Alfonso andaba de viaje.

Casi todos los domingos se reunía la Gran Familia para alguna actividad común en el campo. Los dos 'viejos' miraban complacidos esos retoños que inauguraban un siglo en donde empezaban a soplar vientos con noticias de una Europa dividida, inconforme y presagiando guerra.

Los que no perdonan

En el caserío de los inmigrados como trabajadores pampeanos, la vida continuaba. Dalia y Tobías vivían en la casita que tenían como en arriendo. Siempre que estaba fuera de su casa, Dalia hacía cara

y ademanes de retrasada, porque eso le convenía para esconder aún más su identidad, pues el miedo crecía en su espíritu inquieto.

Después de que tuvo fuerzas para pararse, solía dar una vuelta y a veces visitaba a la madre de Tobías. Un día de reojo vio hombres desconocidos que caminaban lentamente por una calle, mirando con dismulo hacia todas las casas, como buscando a alguien. No tuvo duda de que era a ella a quien buscaban. Se encerró a pensar hasta que tuvo un plan.

Al día siguiente Dalia resolvió ir sola al hospital en cuanto Tobías salió. Cuando el doctor la atendió, ella le dijo que por favor la recibiera como enfermera. Que ella deseaba aprender ese oficio. Además la buscaban. Ella iba a divorciarse ese mismo día porque no podía poner en peligro la suerte de ese señor tan amable que la había ayudado con tanto desinterés. Al médico le contó su percepción de que los malvados habían llegando al caserío el día anterior. Que la única oportunidad que ella tenía era hacerse enfermera y vivir en el hospital y tenerlo a él, el médico como su jefe y que para lo demás sería medio retrasada. El médico que la había recibido herida y trastornada, entendió exactamente la situación y aceptó. La esperaría al anochecer de ese mismo día, le dijo mientras le entregaba un vestido de enfermera. Ella le agradeció de corazón y salió para hacer rápidamente todo lo preciso. No podía perder ni un minuto.

Dalia fue primero a la oficina, haciendo ademanes de mujer desesperada para firmar una hoja de divorcio porque no aguantaba ni un día más con ese marido. Que ella se iba y le dejaría una nota de que él fuera a firmar. Luego recogió todo lo de Tobías y lo envolvió y lo llevó a la casa de la madre de él diciéndole a grandes rasgos que pensaba que los hombres malvados que casi la matan, la estaban buscando. Que no quería que hubiera en su casa ni señas de que estaba casada, que se iba inmediatamente a buscar a Tobías

al campo para decirle. Si los descubrían los matarían a los dos. Que había dejado firmada el acta de divorcio. Que él fuera por favor a firmarla y no dijera ni una palabra aparte de que ella era insoportable. Y que si él se podía ir para otro lado, ella estaría mucho más tranquila. Finalmente le pidió por favor a Lucila que le cortara el pelo bien corto. Lucila lo hizo lo mejor que pudo y la despidió con un abrazo.

Luego Dalia fue hasta el campo calculando llegar cuando estuvieran levantando el trabajo para no hacerse muy notoria. Llorando rogó a Tobías que se fuera. Que firmara el divorcio y que no volviera a la casa de ellos sino a la de su madre. Que ella iba al hospital para trabajar y aprender enfermería. Que era la única opción para salvarse a sí misma. Que por el amor de Dios no la hiciera sufrir. Tobías vio que era verdad. También lloró un poco y luego se despidieron sin abrazos.

Esa misma tarde en casa de su madre y después de haberse despedido en la oficina, de haber pagado el último arriendo y firmado el divorcio, Tobías hizo un atado, con ayuda de su madre se fabricó un escondite para llevar el dinero debajo de su ropa dejando por fuera solo lo necesario para el camino y decidió salir muy temprano. Su padre estuvo muy comprensivo. Lo obligó a recibir la mitad de los ahorros que tenían y le aconsejó cambiarse el nombre completo o por lo menos el apellido, volver a Los Troncos y trabajar con el abogado Quintana. Tobías decidió hacerlo así. Haría el viaje por el camino más concurrido, que no era el más corto, pero en el cual podría camuflarse más fácilmente. Prometió escribirles.

Dalia por su parte entró en la casa, empacó sus pocas ropas, se vistió de enfermera y poniéndose encima un abrigo negro, en cuanto anocheció salió dando un rodeo para ir directo al hospital.

Dejó encendida una vela pequeña para simular que la casa estaba habitada.

Apenas fue a tiempo. Dos días después llegaron al caserío hombres apoyados por miembros de la Policía para buscar en todas las casas algunos 'sospechosos de contrabando'. La gente no sabía nada de ellos porque cada quien solo conocía a los de su grupo de trabajo que llegaban de varios caseríos y nada más.

La tercera carta

Al finalizar el primer día de marcha, en una concurrida posada Tobías pagó una cama en un cuarto que tomaron entre cinco que se habían hecho amigos por el camino. Tobías les contó que venía de dejar a sus padres a quienes quiso visitar y se devolvía a su trabajo en la Ciudad. Esa noche escribió al abogado Quintana sin entrar en detalles. Solo que había logrado el objetivo de que sus padres quedaran bien instalados y que él volvería a su trabajo en la Ciudad. Que le avisaría cuando estuviera más cerca para que pudieran verse.

Quintana, siempre con Sara, interpretaron casi en su totalidad lo que no decía la carta. Se propusieron hablar con Ramírez y decir la verdad a María, porque era importante recibir a Tobías y darle trabajo con ellos. De todos modos, Quintana fue a la Ciudad para hablar con el penalista a quien había llevado el recorte del diario que Tobías le había enviado pero con quien no había vuelto a hablar.

El amigo le dijo que le parecía que esa joven podría ser hija de uno de los 'grandes de siempre' en esa región y que eso era igual o más peligroso para ella en sus circunstancias. Menos mal que el muchacho ya venía en camino. Tampoco podía el abogado decir nada más, aparte de que el muerto del recorte sí era el mismo que se hizo llamar 'señor Juan' en la Ciudad. Por lo visto sus enemigos

en el Sur fueron más fuertes que él. El hecho de que le hubieran dado muerte, significa que no midió con quién se estaba metiendo. Posiblemente uno de ellos es el padre de la chica, quien debe tener gente recorriendo el país para dar con ella y no precisamente para abrazarla... Quintana no mencionó ni una palabra del anterior nexo de Tobías con el hombre del periódico. Solamente sabía que ese abogado reconocería a Tobías si lo viera. Pero al fin, ese mismo abogado sabía que Tobías había regresado a su pueblo y no era sospechoso de nada. Con este pensamiento Quintana se tranquilizó. Pensaría en hacer una reunión con él y con Tobías en cuanto éste llegara. Estaba seguro de que el abogado era un buen penalista y un prudente abogado y estudiaba especialmente esos movimientos mafiosos provenientes del exterior. Él podría aclarar todas las preguntas que Tobías no supiera cómo responder y que sin duda lo preocuparían.

Pocos días después llegó una carta para Tobías. Era de Lucila, su madre. Quintana la guardó para llevarla a la Ciudad, si ese fuera el caso.

Un mes después, llegó la carta de Tobías diciendo que en dos días estaría en la Ciudad. Que si el abogado Quintana pudiera dejarle noticias con el otro abogado, del cual Tobías conocía la dirección, él lo buscaría. Porque de todos modos quería hablar también con ese abogado, para saber si existían peligros de verdad para su vida.

Sara estuvo de acuerdo con el viaje de Alfonso a la Ciudad y con que volviera con Tobías, salvo que el penalista opinara en contra. Ya había pasado tiempo suficiente para que María pudiera reconocer a Tobías sin que se produjera ningún descontrol en ninguno de ellos. Si se daban las circunstancias, ella misma pensaba contar a María los hechos a grandes rasgos. Alfonso pensó que era bueno y la animó a hablar con su amiga.

Reunión en la Ciudad

Alfonso viajó a la Ciudad la víspera de la llegada de Tobías. Fue a esperarlo en la oficina del amigo. Después del mediodía llegó el viajero con su cara bonachona de siempre. Quintana estaba en la puerta y comenzaron a caminar mientras volvía el otro abogado. Tobías le contó todo completo. Al final mencionó que esperaba encontrar una carta de su madre, Quintana se acordó de que la llevaba en el bolsillo desde que el cartero de Los Troncos se la había entregado . Tobías la abrió y la leyó. Luego se la pasó a Alfonso. La carta decía que dos días después de que ellos desaparecieron del pueblo llegó gente con policías buscándolos con esos nombres raros que habían dejado. Pero ella pensó que tenían que ser ellos, sobre todo por las señas que daban de la chica. Que a ella no la había visto más, por lo que Lucila imaginaba que seguiría de enfermera. Nadie supo por quiénes preguntaban y les dijeron que a lo mejor vivían en otro de los caseríos de trabajadores del trigo. Al fin se fueron. La madre prometía ir a ver al doctor un poco después, con alguna disculpa para mirar a las enfermeras por si reconocía a alguna. Que le contaría.

"Eso son buenas noticias". Dijo Alfonso y continuó estimulando a Tobías a seguir su vida. Si la chica estaba bien como enfermera eso sería muy bueno para ella y si él se aparecía por allá, podría traerle a ella muchos problemas. "Lo mejor es aceptar las cosas que nos suceden, entender su mensaje y seguir adelante" concluyó. En esas estaban cuando llegó el abogado penalista.

Después de escuchar el relato, dijo a Tobías que si se le ocurría volver por esos lados cometería el error más grave. Que esa niña, él había averiguado ya, era hija de un hombre muy muy rico, que ella tenía además dos hermanos hombres, mayores que ella, en total tres hombres poderosos buscándola y buscando sobre quién descargar su rabia por haber sido engañados en un negocio. Que a

ella no la iban a buscar en un hospital. Eso ni les pasaría por la mente. La estarían buscando entre las esposas jóvenes de otros ricos o de jóvenes libertinos... pero lo mejor de todo y parecía que ella lo entendía bien, era el hecho de que estuviera realmente haciendo algo útil, sencillo y muy humano con su vida. Es lo que menos se le puede ocurrir a un magnate respecto de una rica heredera. Le aseguró que esa joven no se casaría con nadie, por proteger a cualquiera por quien pudiera sentirse atraída y por protegerse a sí misma, y como abogado, él aconsejaba a Tobías que se ubicara en un lugar apropiado para él y dejara pasar un tiempo, ojalá un año, antes de tomar decisiones matrimoniales ningunas. Que mirara a su alrededor que descubriera jóvenes trabajadoras y de familias sencillas, parecidas a la suya. Sin duda aparecería la perfecta para él.

Tobías le habló de la recomendación de su padre de recomenzar su vida con otro nombre, sobre todo otro apellido, dado que a él no lo querían mucho en Los Troncos. El abogado le dijo que sí, pero que en ese asunto el abogado Quintana tenía más experiencia.

Para finalizar, el abogado expresó con gran seriedad que lo que Tobías había hecho por esa chica de quien no conoció ni el nombre, fue exactamente salvarle la vida y devolverle la fe en los seres humanos. Que con su trabajo cerca de la gente pobre, ella mostraría el fruto del esfuerzo y voluntad que él había puesto y por lo cual tenía que sentirse orgulloso por el resto de su vida, aunque totalmente debería abstenerse de hablar de ello.

Los tres buscaron un lugar cercano para comer. Al final se despidieron muy amigos y sonrientes. Después Alfonso y Tobías fueron a comprar los pasajes para el día siguiente, hecho lo cual buscaron un hospedaje por esos lados.

Quintana pensaba con gran ternura en su hijita preciosa que lo esperaba con Sara mientras sentía además que en Tobías, de alguna

forma, tenía un hijo de quien sentirse orgulloso, un hijo hacia el cual su corazón se inclinaba. Ese joven era un hombre bueno, realmente bueno.

De pronto, en el cuarto de la posada, Tobías le dijo: "Abogado, ¿le molestaría a usted si yo comienzo a llamarme Julio Alfonso Ranchoviejo?", enseguida añadió:

"Lo del apellido, es algo que mi madre me dijo que preguntara a Mateo, porque él se había inventado un apellido muy agradable de escuchar y lo había dejado cuando el padre lo reconoció. "Ranchoviejo"... a mí me gustará llamarme Julio Alfonso Ranchoviejo. Lo de Alfonso es por usted. Usted ha sido un padre para mí".

Alfonso le contestó que claro que le gustaba que él llevara su nombre y también le gustaba 'Ranchoviejo' como apellido. Que él había conocido a Mateo con ese apellido y le había parecido muy interesante.

Así quedaron. Quintana pensó mucho en hablarle de María y reconocer que ellos, Sara y él, no le habían dicho todo lo relativo a ella antes del viaje con sus padres al Sur. Decidió hablarle de eso al día siguiente, durante el camino a Los Troncos.

Tomaron el coche temprano. Iniciaron el camino estando solamente ellos como pasajeros. Entonces Alfonso le dijo:

Reflexiones sobre la realidad

"Tengo que hablarte de algo que Sara mi esposa y yo sabíamos y de lo cual no te hablamos por el temor de esos días anteriores al viaje que hiciste con tus padres. Todos los que tuvimos algo que ver con los problemas de Villanueva y González desconfiábamos de todo el mundo. Inclusive entre nosotros mismos, la regla era

desconfiar porque mucha gente mentía, aún gente del gobierno. Por eso no te contamos lo que sabíamos."

Tobías lo miraba con sorpresa pero al ver la sonrisa bondadosa del abogado lo animó a continuar y se comprometió a no sobresaltarse demasiado. El abogado hizo el relato completo:

"Yo conocí a María Teresa Villanueva el día que murió su padre. Él le había rogado, ocho meses antes, que huyera a las montañas porque sabía qué le pasaría si los 'malos' la atrapaban y ella huyó y duró más de un mes a la deriva loma arriba hasta que llegó cerca de los Troncos y un joven que llevaba un burro con papas la recogió. Ese joven era Mateo". Y Alfonso Quintana siguió recopilando datos en el relato que hacía al joven:

El padre de Mateo se había ido para Europa, más de veinte años antes, sin saber que iba a tener un hijo y Carmen se volvió a su tierra y a su campo y allá, en la casa de sus padres, nació Mateo. Ella le puso de apellido 'Tocarruncho' que a él, cuando comprendió la importancia del apellido, no le gustó ni un poco y nunca lo usó.

Cuando Mateo llegó al pueblo con la señorita que había encontrado muy enferma, la tía Anatilde la socorrió y le prestó ropa para que se pudiera cambiar. Luego Mateo la llevó a la casa de su madre Carmen, y allá le ayudaron y ella se recuperó. Fue entonces cuando Mateo cambió su apellido por Ranchoviejo y María Teresa Villanueva se cambió definitivamente el nombre por María Villa. Muy poco después se casaron y se establecieron ahí mismo con Carmen.

" Cuando María llevaba algo más de seis meses de haber dejado a su padre, empezó a sentir una terrible necesidad de saber de él. Entonces los dos, Mateo y María Ranchoviejo hicieron el viaje a la ciudad. Ella buscó información en la oficina del gobierno y ahí nos conocimos. En un papel escribió su nombre completo y yo me paré

inmediatamente y salí con ella para el hospital. Su padre esperaba solamente que ella llegara. Ella lo besó. Él le dijo 'Dios te bendiga' y enseguida murió. Yo la hice salir a los cinco minutos y no la dejé ir al entierro.

Por la noche fui a la posada en donde estaban para decirles que madrugaran a salir de la Ciudad para que mientras 'los malos' estuvieran esperándola en la Iglesia, ellos pusieran terreno de por medio. Esa es la historia que nosotros, mi esposa Sara y yo sabíamos y de la cual no le hablamos ni siquiera al abogado penalista. Sara es la hija de González, el otro muerto. María y Mateo no saben nada de que nosotros tres: los dos abogados y Sara, nos relacionamos contigo, pero Sara me dijo que ella le iba a contar a su amiga María y yo te lo cuento para que estés preparado y tranquilo. Creo que eso lo harás muy bien pues has demostrado ser un hombre cabal. Tu mismo verás si le cuentas a Mateo, o si acaso María le ha dicho algo, Sara nos dirá y podremos conversar los tres antes de saludarlos. Ellos están muy bien. Tienen dos hijitos. Yo tengo una pequeñita, Amelia, y estoy muy feliz y fíjate que se me iba haciendo tarde. Tu tendrás sin duda un bello hogar. Todo llega a su buen tiempo, no lo dudes".

Hablando de lo del cambio de nombre Quintana le propuso que lo hicieran en la Ciudad. Que consiguiera su partida de bautismo en Los Troncos, para llevarla. También para cambiar a la moneda del país los ahorros que traía, era mejor la Ciudad. Todo eso podrían hacerlo en un viaje al cabo de una semana. Por el momento él le facilitaría una suma y al hacer el cambio le podría pagar. Por otra parte le aconsejó que comenzara de una vez a presentarse con su nuevo nombre:.

"Aprovecha que, sin ninguna duda, el tiempo que ha pasado sin que te hayan visto por aquí, además de lo cambiado que te ves, tendrá por consecuencia que no habrá muchos que te reconozcan y

a esos, si no son de toda confianza, no les expliques nada. Que al escuchar tu nuevo nombre, crean que se equivocaron de persona".

Tobías, ahora Julio Alfonso, se sumió en un mar de pensamientos bastante enredados, de recuerdos, de sentimientos de una y otra clase. Pensó en su amor por María Teresa y en que él habría podido ser quien la recogiera en los Troncos, pero habría sucedido sin el amor por ella que ya para entonces llevaba en su corazón pues ese sería el primer encuentro... al fin, era Mateo el indicado y estaba bien. Pensó en María Teresa como un luminoso sueño infantil. Se alegró por ella y por Mateo y por la señora Carmen y por el viejo señor Ramírez y sus dos nietos. Se propuso comportarse en todo de acuerdo con lo que aprendía de Alfonso Quintana y llegar a ser para él un motivo de orgullo, como Mateo lo era para su padre Francisco Ramírez.

Él, el anterior Tobías, había sido el instrumento para Dalia. Ese amor difícil y receloso no de ella sino de lo que podría venir detrás, fue desde el comienzo un amor frustrado. Pero había quedado algo bueno. Una vida que en lugar de perecer vilmente, servía a otros y en el origen de tal supervivencia estaba él con la simpleza y la verdad de su amor.

Llegaron serenos y sonrientes a 'El Retiro'. Sara y Amelia los esperaban. Un parpadeo de Alfonso fue suficiente para que Sara comprendiera que Tobías, quien se apresuró presentarse ante ella como Julio Alfonso Ranchoviejo, sabía todo.

Después de la comida que Rosa había dejado lista antes de salir para su casa y dejar la puerta cerrada, los tres hablaron. Sara había hablado con María de que el otro de 'los dos malos' no era malo sino que estaba atrapado en ese asunto por el 'tal Juan' y que había decidido protegerla a ella, la hija del señor Villanueva, así tuviera que dar su vida por eso. Sara no le dijo ni una palabra de que era

amor el sentimiento que lo inspiraba, sino solamente el deseo de proteger a esa 'niña inocente'.

Partiendo de la opinión de María misma, Sara concluía que no había ninguna necesidad de hablar con Mateo más allá de lo del cambio del apellido por los problemas que 'Cansino' pudiera despertar en los viejos enemigos del padre. De lo demás no había que hablar. Al fin y al cabo Mateo nunca había demostrado ninguna curiosidad por saber quienes eran los que perseguían a su esposa ni por qué lo hacían.

Sara expresó a Julio Alfonso que María le había dejado dicho que "le agradecía en el alma su protección durante ese período tan difícil" y que podrían llevar la amistad familiar sin ningún obstáculo porque al fin, todo eso había quedado enterrado, igual que sus nombres de entonces y no tenían por qué mencionarlo a nadie.

Fue un alivio para los tres el tener claro que realmente 'la vida comenzaba ese mismo día' partiendo de un tiempo de juventud lleno de experiencias y aprendizajes muy valiosos tanto para Julio Alfonso como también para los Quintanas. Quedaron de acuerdo en que Julio Alfonso viviría inicialmente en esa casa hasta que llegara la situación precisa de cambiar. Al fin y al cabo, el que había sido su cuarto continuaba libre. Amelia todavía podría seguir durmiendo en su cuna cerca de la cama de sus padres.

Con esto, se fueron a dormir. Al otro día irían todos al 'Alto' y en familia mirarían el futuro.

CUARTA PARTE

Permanecer y avanzar

Avances de la ciencia

Los pueblos de los Andes recibían admirados los productos que la Industria en desarrollo del país del Norte iba empujando hacia el Sur, a los centros de las regiones y de ellos hasta la periferia. Estos productos llegaban y modificaban la vida rutinaria de comunidades enteras a pasos que se aceleraban cada día.

La instalación del servicio de telegrafía en Los Troncos marcó un gran peldaño en el aumento y rapidez de las comunicaciones. Incidentes aislados, similares a los ocurridos a nuestro amigo Julio Alfonso tres años antes, ya no tardaban los días del correo para llegar a oídos de quien esperaba noticias al respecto.

Este hecho, en particular, contribuyó a que incursiones de tipo 'negocios fraudulentos' con apariencia de 'magníficos negocios', perdieran la oportunidad de engañar a grupos incautos y alejados. Los telegramas avisaban o preguntaban sobre fraudes del tipo anterior. Los tales negocios se vieron en la necesidad de reestructurar sus métodos, necesidad que permitió a las comunidades fortalecerse para hacer frente a sucesivas invasiones más sofisticadas.

Todo avance trae buenos y no tan buenos frutos, pero en total, los pueblos avanzan en la medida en la cual sus habitantes ponen mayor interés en prepararse.

Mateo Ramírez se sintió muy emocionado el día que recibió un telegrama que le enviaba desde la Ciudad su amigo Julio Alfonso

Ranchoviejo, ratificándole que sus diligencias relativas a confirmar oficialmente su nuevo nombre y apellido habían tenido completo éxito.

Alfonso Quintana había actuado y notificado legalmente el cambio de nombre de su cliente. Con ese documento como identificación, lo presentó en el Banco para que Julio Alfonso abriera una cuenta a su nombre con los dineros que habían ahorrado entre él y su padre, una vez fueron cambiados a la moneda del país. Este fue el ingreso del joven en el mundo tecnificado y financiero del futuro.

En cuanto regresaron a Los Troncos, Julio Alfonso escribió a su madre dándole cuenta de todo lo que había logrado y ella le contestó expresando mucho gusto por ello y también diciendo que la gente no deseable que había aparecido poco después del viaje de su hijo, no volvió más y que el hospital continuaba con las mismas enfermeras que la querían y le ayudaban cada vez que sus huesos le dolían mucho con los cambios de clima. Su padre y los amigos que lo recordaban le mandaban un abrazo. Ella lo bendecía.

"Fíjate mi querido Julio Alfonso que con una voluntad firme de obrar correctamente, y con los ojos bien abiertos para actuar de acuerdo con lo que nos va mostrando la vida, logramos salir bien al otro lado, aunque no sea como lo habíamos imaginado al comienzo. Pero hay que tener un plan, hay que fijarse un punto de llegada. No es buena cosa dejarte llevar del viento de un lado para otro...", fueron las palabras que Alfonso Quintana dirigió a su joven amigo a quien se proponía contratar como administrador de su propiedad para que se hiciera cargo de todo lo relativo a la agricultura y comercio de los productos de 'El Retiro'.

Y, ¿dónde está la chica?

La cosecha de papa en El Retiro estaba lista pero bajo tierra. Julio Alfonso, acompañado y asesorado por Mateo encontró, sin

mayores dificultades dos compradores y prometió tener listos los bultos en el término de unos cuantos días.

El día acordado para la entrega de la papa, los Quintana habían ido al 'Alto', Julio Alfonso esperaba a los compradores para terminar la transacción e ir luego a reunirse con la familia. Hacia las tres de la tarde llegaron los clientes y Mateo con ellos y se pararon todos cerca de la carreta en donde debían acomodar los sacos de papa. Desde la casa, Rosa vio a Mateo quien siempre llegaba con sed y pensó en llevar limonada para todos. Así que salió con una jarra y vasos. Fue muy oportuna y los cuatro le agradecieron.

Ella regresó a su cocina, los compradores y Mateo se regresaron con esa primera carretada, mientras Julio Alfonso iba al terreno para llenar unos pocos sacos que faltaban. Rosa recogió los vasos, miró hacia todos lados y descubrió a Ranchoviejo agachado en la siembra. Entonces fue a ver qué pasaba y el otro que estaba preocupado de que llegaran por lo que faltaba y pensaran que él se había ido, le pidió el favor de que ella fuera a esperarlos para que le avisara en cuanto llegasen. Rosa prefirió quedarse ella llenando los sacos porque no le gustaba encontrarse sola con hombres desconocidos. Julio Alfonso le agradeció y fue con dos de los sacos que acababa de llenar, los dejó en la puerta, volvió por otros dos y se dio cuenta de que Rosa con gran habilidad estaba terminando de llenar los que faltaban.

"¡Eres buena para este trabajo!... ¡gracias!", dijo sonriendo. Rosa le comentó que cuando su padre estaba vivo, ellos, los hijos, todos ayudaban y como ella era la mayor, pues había practicado más tiempo que sus hermanos.

Julio Alfonso la miró un momento pero recordó que esperaba a los clientes y, sin hablarle lo que se proponía, se devolvió con otros dos sacos. Rosa terminó y llevó los dos últimos hasta subirlos en la carreta que acababa de llegar. Hizo un gesto de ' hasta luego ' y se

metió en la casa. Pocos minutos después llegó Mateo, porque un acuerdo de 'la familia' era acompañarse, como medida de seguridad, siempre que hubiera pagos de personas desconocidas. Los hombres pagaron, agradecieron y se fueron.

Entonces Mateo y Julio Alfonso entraron a la cocina con deseos de tomar más limonada, Rosa les sirvió y se despidió para irse a su casa. Ellos salieron enseguida y cerraron. Julio Alfonso con el rabillo del ojo vio el camino que Rosa había tomado y comentó a Mateo que esa muchacha era buena sacando papa y tenía fuerza como de un hombre para cargar dos bultos y ponerlos 'de una' en la carreta.

Mateo le dijo que las muchachas campesinas de familias modestas se entrenaban igual que los muchachos porque su trabajo se necesitaba para sacar adelante el negocio de la familia. Su amigo le dijo que como él no tuvo hermanas y además pasó tanto tiempo lejos, no había visto chicas haciendo ese trabajo. Mateo tampoco había tenido hermanas pero siempre vio a su tía Anatilde haciendo esos trabajos como cualquier peón. Ambos se rieron y aceleraron el paso para llegar a tiempo de comer con todos.

Sara les abrió la puerta y al verlos a ellos solos preguntó: "Y, ¿dónde está la chica?"

"¿ Cuál ?", preguntó Mateo

"Pues Rosa. Yo le dije que la esperaba cuando terminara sus quehaceres", contestó Sara.

"Ella no dijo nada de eso. Nos sirvió limonada y enseguida se fue a su casa, como si tuviera mucho afán", explicó Julio Alfonso.

Los viejos Ramírez y Quintana se miraron sonrientes y luego hicieron ademán de mirar para lados opuestos.

Estaban comiendo todos juntos en el patio pues aún el sol no se había ocultado y el clima estaba en un punto muy agradable. Clotilde correteaba cerca de su abuelo, Carmen tenía a Carlos en sus brazos y Anatilde más cerca de la cocina paseaba con Amelia, cuando llamaron a la puerta. Anatilde se acercó para abrir. Era Rosa quien inmediatamente la saludó y tendió los brazos para recibir a la bebita mientras se disculpaba por la tardanza. Sara la saludó desde su puesto y Francisco tocó con el codo a su vecino Quintana que no había visto el movimiento en la puerta. Julio Alfonso sí lo vio y se levantó enseguida para acercarse sonriente a saludar a Rosa. Todos, con excepción de Mateo y María, tuvieron la misma idea respecto de las razones por las cuales Rosa había tardado en llegar: se la veía fresca, peinada y arreglada con especial esmero.

Julio Alfonso estaba contento. Esa tarde en el sembrado había visto en Rosa un carácter que le agradó mucho. Él quiso recibir a la niña, cosa que a veces hacía en la casa pero ella le dijo que primero terminara de comer y luego conversarían. Sin más palabras, Rosa se acercó a Sara y al señor Quintana, los saludó cortésmente y se disculpó por la demora, a lo cual ellos contestaron que no había ningún problema, que al fin ella había tenido que esperar a que se fueran los compradores de la papa y por eso le agradecían. Sara, una vez terminó de comer, se levantó para retirarse con su hijita y prepararla para dormir.

Finalmente Rosa se sirvió en la cocina y allá llegó Julio Alfonso para conversar. Comenzó por agradecerle de nuevo la ayuda en el asunto de la venta de la papa y de ahí siguió preguntar sobre la familia Martínez y las siembras que hacían y sobre su madre, sus hermanos y edades y quehaceres respectivos, pues él sabía que el señor Martínez había muerto el año anterior. Ella contestaba a todo sencilla y tranquilamente. Solamente mostraba un sentimiento de

añoranza por el poco tiempo de escuela que pudo tener y sus deseos de aprender más.

En ese momento María entró a la cocina en busca de agua caliente para el baño del bebé. Rosa se levantó, puso el agua a calentar y se ofreció a llevársela en cuanto estuviera. María los saludó sonriente y se interesó por el tema de la educación del cual hablaban. Julio Alfonso le contestó que ellos dos, Rosa y él no habían asistido sino unos pocos años a la escuela y deseaban aprender más. María los invitó a visitarla y unirse a Mateo, pues entre todos podían ayudarse y progresar. De una vez convinieron en que el siguiente miércoles a las seis de la tarde, harían una primera reunión para planificar los temas que comenzarían a estudiar apoyándose en los libros de ella y también en algunos que podrían pedir prestados a Sara. Así quedaron, María se dirigió a su cuarto y Rosa salió detrás de ella con el agua mientras decía a Julio Alfonso que ella ayudaría a bañar al bebé. El insinuó que seguirían hablando de camino a la casa. Rosa asintió con la cabeza y se separaron.

Los abuelos Ramírez junto con Mateo, Alfonso y Sara hablaban en el patio de la consecución de semilla para la siguiente siembra, cuando Julio Alfonso se unió a ellos. Todos lo miraron y él les comunicó lo que habían hablado con María sobre mejorar su educación. Mateo aceptó, encantado de tener compañía a la hora de hacer tareas, porque María siempre le dejaba tareas a él. Alfonso felicitó a su protegido y pidió a Mateo que le avisara a tiempo sobre esas reuniones para que siempre Julio Alfonso y Rosa pudieran llegar. Si hubiera algún trabajo urgente de compras o ventas, él se encargaría. Sara, por su parte colaboraría para que Rosa estuviera libre.

La segunda familia Ranchoviejo

Julio Alfonso Ranchoviejo y Rosa Martínez decidieron ayudarse para progresar en el estudio, tratar de comprenderse entre sí y, si llegaban a la conclusión de que podían vivir juntos con paz y amor, se casarían pero no antes de un año. Las experiencias de Julio Alfonso en asuntos de amor y de matrimonio le enseñaron muy claramente que es bueno darse tiempo para pensar, para mirar el futuro, para aprender a comprender, antes de sellar un compromiso de pareja movidos por la exaltación o las urgencias del momento.

El estudio propuesto funcionó muy bien. María y Sara fueron las maestras y los viejos Francisco y Alfonso, los ayudantes y consejeros. Los jóvenes, y Carmen con ellos, realmente mejoraron sus conocimientos generales relativos a saber leer, a escribir bien una carta o una página literaria, a entender los conceptos básicos de la Geografía y de la Historia de los pueblos de la Cordillera, a utilizar las operaciones básicas para resolver los problemas, a hacer las cuentas de los negocios familiares y a comprender los informes de los bancos. Al lado de eso, la lectura de novelas clásicas y de poemas elegidos, ayudó a todos a crecer culturalmente, a imaginar mundos mejores o simplemente diferentes, a apreciar la belleza y hablar de ella.

En un año había aumentado el interés y la comunicación entre todos. Julio Alfonso y Rosa, declarado su amor y reforzado por el apoyo mutuo, decidieron casarse y acordaron que elegirían la fecha hacia el final de la cosecha próxima. En esos tres meses con los ahorros de Julio Alfonso, construirían una casa en la parte del terreno que el padre había dejado marcada para Rosa.

El señor Martínez, antes de morir había dividido en dos el terreno de siembras de su propiedad: Una mitad, a la cual se añadía la casa familiar, seguiría siendo de la madre y la otra mitad, dividida en seis partes aproximadamente del mismo tamaño sería para los

hijos. Esas partes fueron distribuidas por él mismo con el fin de que cada uno tuviera en dónde construirse una casa, si lo deseaba. Mientras la madre viviera, todos debían colaborar con el proceso de siembras en el lote grande y cada uno podía elegir qué hacer en su lote particular.

Alfonso y Francisco con la colaboración de Mateo y apoyados en la experiencia que habían adquirido, asumieron gran parte del trabajo de construir para que Julio Alfonso no abandonara la administración de las siembras de la 'tribu', como acostumbraron llamarse las tres familias después de la inclusión 'a futuro' de Julio Alfonso y Rosa. El terreno de Rosa se ocuparía con la casa y un patio rodeado por una franja de hierbas y pequeñas legumbres y tres o cuatro árboles frutales. Dada la reducida extensión, no harían en él siembras con intención de vender las cosechas.

Matrimonio al estilo de 'antes'

Cuando la cosecha estuvo lista para la recolección y los clientes del año anterior volvieron a presentarse, los novios comunicaron que se casarían al cabo de un mes. Que el párroco había sido avisado y pronto aparecerían los anuncios correspondientes. En ese mes toda la producción fue vendida y el terreno quedó en período de reposo.

El día de la boda fue muy especial. Algo totalmente al estilo campesino tradicional de la región: La Iglesia parroquial se llenó de amigos, conocidos y curiosos. Los jóvenes Martínez, alegres y despejados, invitaron a su casa a toda la tribu que era ahora también la de su hermana. Ellos tocaban y cantaban las canciones tradicionales, de tal forma que a la comida preparada con mucho esmero y acompañada por la bebida fermentada de maíz a la usanza regional, en cuya preparación participaban siempre las señoras mayores de la comunidad que vigilaban con todo rigor el

proceso hasta el 'punto de ojo', que se tomaba un mínimo de cinco semanas, se añadió el baile y el canto en el cual participaron jóvenes y viejos.

La tía Anatilde estaba en el colmo de la felicidad de vivir algo tan suyo y que parecía olvidado en su familia desde los días de su juventud. Todos los señores de la tribu le pidieron les concediera un turno para bailar con ella. Sin ninguna duda, la mejor y más versada bailarina de la música de esas tierras altas y frías. Los festejos duraron hasta casi la medianoche para todos, excepto para las madres y sus bebés que por fuerza retornaron al Retiro hacia las nueve de la noche. Allá esperarían a los restantes.

Vida estudio y actividades

La casa estaba lista. En la semana anterior Julio Alfonso y Rosa habían comprado la cama matrimonial con los anexos necesarios y la habían dejado armada en el cuarto más amplio. La noche anterior al día de la boda, Rosa había llevado su cómoda y su ropa y arreglado completamente la alcoba matrimonial. Además ubicó su cama de soltera en el cuarto pequeño y también acomodó en la cocina algo de mercado más los elementos que venía reuniendo desde las primeras palabras sobre matrimonio que Julio Alfonso había pronunciado un año antes, a fin de comenzar las rutinas de la vida en pareja desde el primer despertar en ella. Su madre le prestó dos asientos y una mesa para que tuvieran en dónde sentarse a comer, mientras ellos compraban los suyos.

Dos semanas después, todo retomó su diario quehacer. Quintana estaba realmente muy satisfecho con el nuevo matrimonio y el consiguiente crecimiento en madurez y seriedad de su protegido. Rosa siguió trabajando en la casa de la familia Quintana, con la única variación de que ella llevaba la comida a la mesa y se sentaba para comer con todos. Sara se sentía bien y cuando

observaba algún descuido o ignorancia de las formas correctas de comportamiento, tomaba nota y en un momento oportuno, sin otros espectadores explicaba a Rosa para que ella adecuara completamente sus modales y los de Julio Alfonso a la vida de la clase culta del país. Ellos lo entendían completamente y le agradecían. A veces, antes de una reunión, consultaban con ella acerca de los cuidados especiales que debían tener, sobre todo si se trataba de intercambios con personas de alguna importancia que a veces visitaban la región.

La cuestión de clases y tareas con María y Sara se reanudó. Los miércoles de seis a ocho de la noche se reunían todos en la casa del Alto. De ahí salían deberes y recomendaciones para que individualmente o en grupos, practicaran lo aprendido.

En el tema de siembras y jornaleros, bajo la dirección de Mateo y colaboración permanente de Julio Alfonso, los integrantes de la tribu se proponían siempre obtener los mejores resultados posibles, aunque por tiempos de sequía o de exceso de lluvias debieran aceptar las correspondientes bajas en la producción.

Inesperadas noticias del Sur

Así habían pasado en muy buen ritmo y armonía seis meses desde la boda de los Ranchoviejo, cuando un día llegó un telegrama para Alfonso Quintana, de parte del amigo penalista de la Ciudad, informándole que al día siguiente viajaría a verlo en Los Troncos, por razones jurídicas muy delicadas.

Quintana fue a esperarlo al patio de llegada de los coches. El amigo inmediatamente lo invitó a la posada en donde él siempre se hospedaba, agradeciendo pero rechazando la invitación que Alfonso le hizo de hospedarse en 'El Retiro'.

Una vez en la posada, el recién llegado hizo llevar una botella de vino y dos vasos a su cuarto y los dos se sentaron, como si se tratara de una visita de camaradas.

"Pues, mi querido señor abogado Quintana", comenzó el penalista, una vez que el paje se retiró y cerró la puerta... y continuó bajando la voz: "este vino es para despistar un poco sobre la gravedad del asunto por si hubiera alguien suspicaz que me haya seguido hasta aquí"...

Alfonso lo miraba en silencio. El penalista dijo levantando un poco la voz, haciéndose oír como quien va a revelar un secreto:

"Vivimos un momento crucial para la humanidad y para nosotros, particularmente. Nuestras relaciones con los europeos pueden ayudarnos o perdernos..."

"Bueno, hablemos de Europa. ¿Es cierto que se preparan para una guerra?", preguntó Alfonso.

El amigo destapó la botella de vino y sirvió los vasos, luego contestó:

"Sí, mi querido señor. Y eso es lo más importante de lo que quería hablarte"

"¿Qué es eso tan importante?" Preguntó Alfonso

"Pues que se necesitan alimentos en Europa. Alimentos que duren sin descomponerse. Se habla de papa. Y como yo sé que tu cultivas algo de papa y también tu amigo Ramírez, quiero que sepas que sería muy buena oportunidad para preocuparse por producir más papa que se pueda exportar a Francia"...

En ese momento, Quintana se paró haciendo señas al otro de que siguiera hablando y se acercó a la puerta para escuchar. Su amigo siguió hablando:

"La guerra ya está declarada. Todos los países están alistando sus tropas de jóvenes entusiasmados con la idea de que es un honor participar en la salvación de …, yo no entiendo bien qué es lo que cada uno quiere salvar, pero pienso que lo que va a pasar es que muchos, muchos jóvenes no van a regresar a sus hogares, porque van a morir..."

En ese momento Alfonso volvió a su silla indicando que alguien se había ido. Luego preguntó a su amigo:

"¿Ya almorzaste?, podíamos pedir que nos preparen algo y esperamos aquí a que nos avisen para bajar, dijo el huésped de la posada. No me dan ganas de gastar el tiempo saludando a los que entran y salen". El penalista se paró, abrió la puerta y llamó al mozo. Le pareció ver una figura que se desvanecía en la esquina.

Encargó el almuerzo y volvieron a sentarse. A continuación y de forma rápida preguntó:

"¿Te acuerdas del tipo aquél cuya hija tan bonita se metió en un convento?", mientras le indicaba la gorra de enfermera y hacía el gesto de poner una inyección.

"Claro que me acuerdo. Y sigue empeñada en ser monja?", contestó Quintana

"Pues ella, no lo sé. Pero el padre tuvo un revés de fortuna", y con el gesto le indicó que había muerto del corazón, añadiendo enseguida: "la madre anda como loca buscando a su hija para cumplir la promesa que hizo a su esposo en su lecho de muerte, porque el asunto de la fortuna perdida lo fulminó repentinamente"

"Y, ¿qué pasa con el convento?" preguntó Alfonso

"Pues que nadie sabe en dónde queda. La chica solo dejó saber que se metía a un convento pero no dijo cuál convento ni dónde quedaba"...

"Pues la madre debía contentarse con eso. En cuanto al difunto, seguro que podrá comprender que no puede pedir imposibles a esa pobre mujer...", dijo Alfonso.

El penalista dijo: "el difunto le hizo jurar a su mujer que ella entregaría a su hija, de su propia mano, la herencia que él dejaba para ella y que si no, él, desde la otra vida la haría sufrir mucho por infiel. Segunda vez infiel..."

Quintana preguntó: "Y ¿cuál es esa herencia?"

El penalista contestó mientras hacía el gesto de cortar el cuello de alguien con un cuchillo:

"Es un collar muy fino que había sido de la madre de él y que la viuda debe poner ella misma al cuello de la hija mientras le dice: "esto es lo que tu padre dejó para ti con todo su amor"

"Y ¿ella te mostró el collar?", preguntó Alfonso

"No me lo mostró pero me indicó que lo llevaba en su bolso". Yo le dije que yo no conocía a su hija. Luego le pregunté que por qué me pedía a mí informes si yo nunca estuve en su país.

"Ella me dijo que a ella le habían dicho unos amigos de su esposo que yo, este abogado penalista que tu conoces, había sabido de un negocio grande que él hizo con unos socios que llegaron de muy lejos y que yo pregunté por ellos. Esos amigos le dijeron a la viuda que por eso yo podría saber de su hija, porque esos socios querían conquistarla para casarse con ella y que por eso se pelearon entre ellos y ambos resultaron muertos."

"Y, tu, ¿qué tenías que ver con esos socios?", preguntó Alfonso.

"Pues que fueron esos mismos los que hicieron en nuestro país un negocio del mismo estilo y como consecuencia del cual resultaron muertos dos conciudadanos nuestros muy correctos. Yo tuve a mi

cargo la investigación del caso. Pero con los datos que obtuve sobre la muerte de esos fulanos en el país de esa señora, aquí se cerró el caso. Yo nunca supe nada ni de su esposo ni de ningún otro que estuviera relacionado con él."

"Complicada la cosa pero creo que le iría bien a la señora acudir a un médico para que le proporcione un tratamiento para tranquilizarse", terminó diciendo Alfonso. Levantó la voz para decir a su amigo que tenía una hijita de siete meses y estaba muy contento ejerciendo un poco el derecho civil y sembrando papa para sostener a su famila. Y que hablaría con Ramírez y otros cultivadores lo de Europa y cómo buscar relaciones para hacer negocios de papa.

A esto el amigo le ofreció enviarle datos de personas encargadas de hacer esos contactos. En esas el joven del servicio llegó a avisarles que la cena estaba servida. Bajaron al comedor y continuaron hablando de la papa para Europa. El joven había levantado en el cuarto la botella con los vasos y en cuanto se sentaron, los puso sobre la mesa de los abogados.

Al terminar, enredando las frases y continuando con alegorías, llegaron al acuerdo de hacer llegar a través de la madre de Julio Alfonso una mínima nota a la chica diciéndole que su madre, completamente loca, la buscaba. Que no se dejara encontrar.

Los dos salieron hasta la puerta de la calle. Para su sorpresa, Julio Alfonso se encontró con Mateo y su padre que lo estaban esperando. Los tres se despidieron del amigo penalista, prometiendo encontrarse al día siguiente para almorzar juntos.

Perplejidades

Esa noche Julio Alfonso escribió una carta a su madre en la cual le pedía que fuera a ver al médico del hospital y que llevara una nota

pequeña para la enfermera, por si no podía hablarle a solas. Pero mejor si le hablaba y no dejaba notas escritas por ahí. Lo único que debía saber la chica es que su padre estaba muerto y su madre andaba buscándola como una loca para cobrarle a ella la vida de su padre. Que no se dejara encontrar. La señora estaba completamente loca pero no así los esbirros del esposo muerto y de los hijos mayores vivos, esbirros que hacían el trabajo sucio para la viuda por el interés en la recompensa. Finalmente le pedía que quemara esa carta y le contestara tranquilamente diciéndole si había podido dar la razón a 'la secretaria del convento' o no.

Ocho días después Julio Alfonso recibió en su casa un telegrama de su madre: *"Secretaria enterada. Pasa conmigo unos días. Tu padre Adiós. Te escribo"*.

Al enseñarle el telegrama a Alfonso, él lo abrazó. "Me parece entender que tu padre murió. Lo siento por tu madre. Por otra parte está bien que ellas vivan juntas. Así se ayudan y ningún tipo va a buscar por esos lados a una chica que ya debe ser una mujer hecha y derecha, muy diferente de lo que la madre loca pueda recordar de ella...

"Además allá mi madre tiene familiares. Ojalá haya un primo mío que quiera casarse con Dalia y ella con él. Pero que no sepa nada de riquezas ni de herencias", respondió Julio Alfonso. Luego se separaron con el compromiso de no hablar con nadie del tema. Esperarían la carta de Lucila y la leerían juntos.

"Y, ¿Cuál sería la primera infidelidad de la madre de Dalia?", preguntó Julio Alfonso a su padrino Quintana (padrino de matrimonio).

"Lo más lógico y posible es que él no fuera el padre de Dalia", contestó tranquilamente Alfonso.

"Pues mejor si es así, porque por lo visto el genio de ese señor era algo verdaderamente terrible", dijo Ranchoviejo... pensó un poco más y concluyó: "Esa señora debió vivir una vida espantosa. Dalia me habló muy poco de ella y sus palabras siempre eran despectivas o muy pesimistas cuando hablaba de su madre. Como si se tratara de una retrasada mental o de una persona completamente idiotizada por el padre".

Fraternidad y búsqueda de soluciones

Llegó una larga carta de la madre de Julio Alfonso. En ella le contaba que cuando recibió su carta anterior, ella estaba en el hospital acompañando a su esposo en sus últimos días. Un año antes él había tenido una crisis cardíaca de la cual nunca se recuperó completamente. Todos los meses pasaba varios días hospitalizado. Él le había pedido a ella que no le contara nada a su hijo. Que no quería que él fuera a sentirse obligado a hacer ese tremendo viaje solo para despedirlo. Que él le mandaba bendiciones y le decía que se sentía muy orgulloso de haber tenido un hijo tan bueno. Que creía en Dios y en la vida eterna y que seguro allá se encontrarían de nuevo.

Le contó que la enfermera Dalia la buscó porque ella le dijo que quería darle un recado importante cuando pudieran estar solas. Entonces le dijo lo de su madre y que la buscaba pero que estaba loca y furiosa con ella porque la culpaba por la muerte del esposo. Que no se dejara encontrar. Que ella, Lucila, le propuso que vivieran juntas y que Dalia podía seguir yendo diariamente a trabajar al hospital. Que Dalia había aceptado contenta y comenzó por acompañarla en todo lo relativo al entierro de su esposo y que ahora estaban las dos viviendo de nuevo en la misma casa y ambas se querían como madre e hija. Dalia había adoptado el apellido de su padre. Ahora se llamaba Dalia Cansino. Todos los vecinos la acogieron con simpatía y asumieron sin ningún problema que

había venido por la muerte del padre y que se quedaba para acompañar a la madre. Así que ahora él, su hijo queridísimo y Dalia, eran hermanos. Eso le parecía lo más perfecto porque eso era lo que él, su amado hijo había sido para esa niña que encontró a las puertas de la muerte.

Alfonso leyó la carta y dijo a su ahijado: "Tu madre es una mujer sabia. No lo olvides y agradece a Dios por ella".

Así, murieron esos problemas, como muere una enfermedad cuando la salud llega con renovadas energías.

Julio Alfonso contestó a su madre y envió abrazos a su hermanita. Estaba feliz por ellas y ellas podían estar felices por él.

Crece la tribu

En Los Troncos y sus alrededores comenzaban a llegar cables transportadores de electricidad y a escucharse comunicaciones por radio. Eran comunicaciones pobres en calidad pero capaces de sorprender a la mayor parte de la población que no había oído ni imaginado algo tan sorprendente.

Alfonso Quintana y Francisco Ramírez viajaban a la Ciudad para conocer los planes de electrificación de las partes altas y aprender sobre los pasos y recursos necesarios para una primera etapa concentrada en las cabeceras municipales. Prácticamente todos los habitantes, a medida que iban conociendo las ventajas que traería el desarrollo correspondiente, depositaron en ellos su confianza y estaban siempre atentos para escucharlos cuando comunicaban con previo aviso lo que habían visto y sabido al respecto.

Por otra parte Julio Alfonso y Mateo buscaban mejorar al máximo sus producciones de papa, pensando en el tema de la guerra y de la necesidad creciente de enviar alimentos a Europa. El amigo abogado que había hablado de ello, consiguió las direcciones de las

personas que coordinaban esas compras y envíos en el país y Quintana había escrito cartas para pedir informes concretos de las cantidades, los precios y los lugares en donde almacenar el producto para su venta y embarque. Con esos datos podrían ofrecer el producto según se esperaban las cosechas. En cuanto llegaran las respuestas las comunicaría en reuniones abiertas para todos los interesados en ese negocio.

Como novedades familiares había rumores de dos nuevos miembros a mediano plazo. Sara y Rosa se encontraban muy involucradas en el asunto del crecimiento de la tribu, previsto para seis y siete meses a partir de su anuncio.

Así pasaron rápidamente los meses. Llegaron dos niños varones: Luis Quintana y Marcos Ranchoviejo. Los padres y los tíos multiplicaban sus encuentros, felicitaciones y pequeños regalos. Clotilde comprendió repentinamente que ella era la de más autoridad entre todos y decidió regañar a los que hacían ruido, grandes y chicos, cuando un bebé no se podía dormir en medio de una enorme y alborotada reunión familiar.

Entre los oficios de la agricultura, de la electrificación, del cuidado de las familias, se hizo muy difícil continuar con las clases de los miércoles. Suplirían con lecturas individuales y conversaciones aisladas para no interrumpir el trabajo de elevar el nivel de cada uno.

La guerra lejana

La noticias de la radio hablaban de la guerra inminente en Europa. La urgencia de los intermediarios internacionales de contar con los alimentos ante la amenaza de hambrunas en los países, presionaba a los habitantes a producir y unir esfuerzos y productos para hacer los despachos. Las madres alternaban el cuidado de los niños y el trabajo en las siembras. Todas las manos era útiles y necesarias.

Esos años en las tierras frías cambiaron la tradicional apatía hacia lo que pasaba fuera de la vista de los campesinos, por un interés marcado hacia lo que sucedía en el mundo entero y una voluntad real de colaboración.

Lucila, la madre de Julio Alfonso escribió diciendo que en el Sur exportaban principalmente trigo. Que Dalia y ella colaboraban en el hospital y en las siembras y se sentían bien al ser útiles, sin temores de pasados fantasmas. Aunque las noticias de Europa eran duras y tristes, el sentirse unidas cuando ayudaban a empacar alimentos que llegarían a muchas madres y esposas que pensaban y temían por sus hijos y sus maridos en los frentes de batalla, era un estímulo para continuar animosas con su vida.

Esas comunidades campesinas olvidadas fueron, con su trabajo desconocido y constante, sostenedoras de la vida de muchas familias de mujeres, niños y viejos en las ciudades europeas, y de los hombres jóvenes en los espantosos lugares de la más grande y grave peste de la humanidad: la guerra.

En fin, las familias de Los Troncos vivieron días difíciles y pasaron grandes peligros pero fueron capaces de continuar sin perder sus valores. Finalmente salieron adelante. Cuando la aparentemente lejana guerra terminó y las gentes relajando la tensión del gran esfuerzo, regresaron a sus rutinas anteriores, no quedaban ni rastros de antiguas enemistades ni pequeñas rencillas. Todos habían aprendido que lo mejor es enfrentar las situaciones y buscar en común el camino para sostenerse y continuar.

Todos los adultos de ese tiempo transmitieron a sus hijos la importancia primordial de mantener la paz. Estando lejos del alcance de las armas mortales, ciertamente se sentían protegidos pero entendían que la guerra era un mal que llegaba poco a poco, convenciendo a la gente de que era un buen uso de la juventud y de la vida ofrecerse para participar en peleas originadas en discordias

ajenas, peleas de las cuales muy pocos regresaban en condiciones de salud física, mental y psicológica suficientes para continuar una vida normal.

El compromiso cumplido

En Los Troncos se instalaron las nuevas tecnologías. Al finalizar la guerra, los líderes hablaron de trasladar parte de la energía de la producción agrícola masiva, al asunto de trazar y abrir carreteras más amplias y firmes.

Clotilde, sus cuatro hermanos y sus numerosos 'primos', en total siete niñas y seis muchachos, vivieron su juventud en un mundo tranquilo. Ellos no hicieron muchas preguntas sobre esa guerra que terminó antes de que llegaran a sentirla. Les correspondió un período de viajes muchísimo más fáciles y rápidos, de visitas a la Ciudad con sus atractivos, de aprendizajes que resultarían mínimos y elementales si pudieran compararse con los que lograrían sus nietos cincuenta años después, pero mucho más variados que los realizados por sus padres, los cuales en su momento y a pesar de los pocos recursos didácticos de que dispusieron, fueron verdaderamente seres humanos superiores al promedio.

Las familias Ramírez, Quintana y Ranchoviejo estuvieron por varias décadas a la vanguardia del progreso de la región poniendo el énfasis en el tema de la Educación y favoreciendo esfuerzos y proyectos dirigidos a lograr que todos los menores que fueran llegando a la edad de iniciarse, pudieran asistir a una escuela y ser enseñados por buenos y preparados maestros y maestras.

Epílogo

Esta historia de actuar "*antes de que llegue la ruina*" se ha dado ciertamente en algunos lugares y momentos del desarrollo de América Latina.

Infortunadamente no en todos han sobrevivido sus frutos, al contagio de la fiebre enfermiza de riquezas fáciles y a las tentaciones de la soberbia y del abuso del poder. Muy pocas comunidades han logrado sostener una fracción de sí mismas capaz de mantenerse al ritmo ideal del verdadero crecimiento cultural y humano.

Sin embargo este relato es una muestra de que en cualquier época y rincón del planeta, puede existir una comunidad que logre mantener los principios fundamentales de honestidad y respeto recíprocos entre sus miembros, y el empuje de todos hacia el objetivo de mejorar el mundo para las generaciones siguientes.

****

Fin de: "ANTES DE QUE LLEGUE LA RUINA"

Los nombres, acciones, lugares, fechas y personajes de esta historia son ficticios. La historia en sí misma es un hecho real y vivido, con variación de parámetros, en más de un entorno del tercer mundo de un planeta llamado "Tierra".